

AURORA Y EL MESTIZO

(TRES ACTOS)

DE JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ

Personajes, según el orden en que intervienen:

CAPITAN

CABO

CRIADA

PANCHO

PABLO

EMILIANO

DOCTOR

UNIVERSITARIO 1o

MUJER DE PANCHO

VIUDA

MR. WILLIAMS

PRISIONERO 1o

PRISIONERO 2o

PRISIONERO NACIONAL

UNIVERSITARIO 2o

SOLDADOS

Tiempo: el nuestro

Lugar: América.

22)

Derecha e izquierda, las del público.

PRIMER ACTO

Amplio salón de un hogar campesino. En el lateral izquierdo, dos puertas. La de primer término comunica con la cocina, la otra, con el comedor. Disimula el espacio que hay entre las dos el retrato de algún antepasado ridículo que conmemora la sola vez que vistió bien. La pared del fondo la ocupan casi por completo dos grandes ventanas que miran un paisaje típico de cañaverales y trigales. En su extremo derecho, una puerta muy grande de dos hojas que permanecerá siempre abierta. En el medio del lateral derecho, una puerta que comunica con uno de los cuartos dormitorio. En el espacio que la flanquea por su lado izquierdo cuelga un pomposo diploma encuadrado sobre la bandera nacional. En el espacio del flanco derecho: espuelas, algunos machetes y una vieja escopeta patriarcal de dos cañones. Más en primer plano, termina este lateral derecho por una pared perpendicular a él y paralela al proscenio que corre hacia la derecha formando un pasillo que se pierde, rumbo al resto de la casa. En el principio de él se puede apreciar una grande y hermosa reproducción de una Virgen de Muñillo, debajo de la cual arde una lamparita votiva adornada de flores. En la habitación, los muebles que se juzguen necesarios. Estos han de ser fuertes, rústicos, y con todo el mal gusto que permita su humildad. En el centro, una mesa grande. Dispersas por los sitios apropiados, y acentuando el mencionado mal gusto, hay muchas plantas que son como la avanzada de una selva próxima. Es medio día fuera.

(Cuando sube el telón, la escena aparece momentáneamente vacía. A través de la puerta ~~semi~~abierta del comedor entran voces entretrejidas y animadas y ruido de tenedores y platos. Aparece el Capitán y el Cabo detrás de la ventana izquierda. El Capitán se asoma y llama)

CAPITAN.- ¡Don Francisco!

(No recibe respuesta y prosigue su camino hablándole al Cabo. Se les ve pasar por la otra ventana y luego aparecer y entrar por la puer-

ta.- Los dos van muy irregularmente uniformados)

CAPITAN.- Que estén atentos a la llegada del mensajero ese y que me avisen en seguida, en cuanto llegue. Yo pasaré por ahí, de todos modos.

CABO.- Sí, mi capitán. (Inicia el mutis)

CAPITAN.- Ah, sí; y vete a comer, que ya deben ser las dos.

CABO.- Sí, mi capitán.

CAPITAN.- Pero después. Primero da la orden de que estén atentos a la llegada del mensajero. Y que se me notifique inmediatamente.

CABO.- Sí, mi capitán. (Mutis)

CAPITAN.- ¿No hay nadie en casa? ¡Don Francisco!

(Entra casualmente la Criada por la puerta del comedor cargada de trastos, rumbo a la cocina. Primeramente no se apercibe del Capitán)

CAPITAN.- Hágame el favor, ¿está don Francisco en casa?

(La Criada se sobresalta al oír su voz y, sin contestar, se regresa prontamente sobre sus pasos y vuelve a salir por la puerta del comedor. Inmediatamente cesan los ruidos dentro y entra Pancho, típico exponente de su raza, campesino desde hace siglos, y un poco aturrido ahora por los acontecimientos. Poco rato después, La Criada vuelve a salir por la puerta del comedor y entrar por la de la cocina. Sus sucesivos movimientos, siempre cargada de trastos, quedan a gusto de la dirección)

PANCHO.- Dispense, capitán; no lo oí entrar.

CAPITAN.- Dispéñeme usted a mí, don Francisco, que vengo a interrumpir su almuerzo, pero tenemos que hablar de cosas muy importantes. Muy importantes.

PANCHO.- No, no se preocupe. Había terminado ya. ¿No quiere usted sentarse?

CAPITAN.- No. No. Así estoy bien. (Es un hombre que se siente firme sobre sus piernas) A veces sí me siento cansado... no, no cansado... bue-

no, sí, cansado, pero de otra forma. Y cojo mi caballo y me voy por ahí, por esas tierras. Que ahora son nuestras. (Mira por la ventana)

(Pancho se apercibe al fin de que, en su prisa, había salido con la servilleta prensada al cuello. Se la quita rápidamente y busca un sitio apropiado donde ponerla. Al no encontrarlo, se la guarda en un bolsillo del pantalón)

CAPITAN.- Como le decía, don Francisco, tengo que hablarle de un asunto muy importante. Es probable que de un momento a otro tenga que evacuar mis fuerzas del pueblo...

PANCHO.- ¿Que va usted a...? ¡Pero...!

CAPITAN.- Déjeme, déjeme explicarle. Yo... (Mira por la ventana) tampoco quisiera irme. ¡Pero es la revolución! Tiene que seguir su marcha.

PANCHO.- ¡Pero si usted mismo dijo que había peligro de que nos atacaran los yanquis!

CAPITAN.- Sí, sí. Cabalmente. Pero es posible que sólo manden pequeños contingentes con el fin de entretenerme aquí mientras se concentran en atacar el campamento de San Fernando. De todos modos, yo dejaría unos cuantos hombres aquí, para repeler el simulacro.

PANCHO.- ¿Y si no es simulacro? ¿Qué vamos a hacer nosotros si nos atacan de verdad? Piense usted, capitán, que al ayudarle, los hombres de este pueblo nos hemos comprometido.

CAPITAN.- Lo sé, lo sé, don Francisco. Tenemos que arriesgarnos. No nos queda otro remedio.

PANCHO.- No es por mí que me preocupe.

CAPITAN.- También sé eso, don Francisco.

PANCHO.- Yo soy el responsable de que los hombres del pueblo atacaran a los guardias...

CAPITAN.- La Patria se lo agradece.

PANCHO.- ¿Comprende? Me sentiría culpable.

CAPITAN.- Son órdenes. Mi general Sandino está en San Fernando y hay que defender esa plaza a toda costa. Ahí sí no podemos arriesgarnos. Todos nuestros pertrechos, todo lo que tenemos, lo tenemos ahí.

PANCHO.- ¡Y aquí, aquí tenemos puerta abierta a la Segovia! Usted mis-

no habló el otro día de la importancia estra... tégica de este pueblo.
 CAPITAN.- Sí. Mi general lo sabe. Lo sabe mejor que nadie. Y he recibido órdenes suyas de dejar aquí una fuerte guarnición. Bueno, lo más fuerte que se pueda. Por si las moscas. Y quería pedirle, don Francisco, que si me voy... porque en realidad no lo sé todavía. Espero un mensajero con las órdenes. Es posible que siga aquí. Pero en el caso contrario, quería pedirle que fuera usted el que se quedara al mando de los hombres que dejaré. (Gesto de Pancho) No podrán ser muchos. U-nos... quince. Más esos universitarios que se nos han venido a unir de la capital.

PANCHO.- No, capitán. Eso sí que no. Yo no tengo ninguna experiencia en esto. Soy un hombre de campo. Nada más.

CAPITAN.- Aquí todos somos hombres de campo. Hasta mi general.

PANCHO.- Sí, pero yo...

CAPITAN.- Nadie mejor que usted conoce el pueblo y su gente. Y no me diga que no tiene experiencia. Si no fuera por su certera ayuda militar no hubiéramos podido tomar el cuartel así tan fácilmente. Se portó usted como un hombre de mucho valor.

PANCHO.- (Sarcástico) ¿De mucho valor? (Mira por la ventana) Fueron necesarios treinta años de esclavitud en ese ingenio, allá, para recoger ese valor que usted llama. Pero, ahora, se me ha acabado ya, capitán.

CAPITAN.- No diga usted tonterías, hágame el favor. Una a la suya la esclavitud de sus padres, y la de sus abuelos, y la que le espera a sus hijos, y ya verá cómo tiene todavía de donde recoger. Esta tierra es nuestra, amigo Francisco. Hemos pagado ya sangre y sudor por ella. Nos la han dado bien cara, pero por eso ahora es bien nuestra. Y hay que defenderla.

PANCHO. p Yo no sé usted, capitán, pero yo no entiendo. Yo no entiendo cómo se nace sobre esta tierra, se trabaja sobre ella toda la vida, toda la perra vida, y al final resulta que no es nuestra, que todavía tiene uno que ~~comprar~~ comprar un pedacito para que lo entierren a uno.

CAPITAN.- Nuestra es, don Francisco.

PANCHO.- Pero todavía tenemos que defenderla, y yo, capitán, yo no veo por qué.

CAPITAN.- Pues se lo voy a decir. Porque los yanquis les han dado dólares a cinco desgraciados de la capital y vienen a recobrar su ~~merc~~ mercancía con el más cochino de los pretextos: a intervenir en aras de nuestra paz, dicen ellos, a traernos cultura.

PANCHO.- Sí. Ya lo sé.

CAPITAN.- Nosotros no tenemos más que nuestro amor a la patria para defenderla. No tenemos aviones, como ellos, pero a punta de machete y de huevos los vamos a sacar de aquí. Yo se lo juro.

PANCHO.- (Decidido de ~~pronto~~ pronto) Y tenemos dientes, capitán. Y uñas. Váyase usted tranquilo. No me la quitarán.

CAPITAN.- Así quería oírlo. Le repito, a lo mejor no me voy. Todo depende de las órdenes que reciba de San Fernando. Pero, de todos modos, (Le estrecha la mano) queda usted nombrado teniente de nuestro ejército liberador. Ordenaré que se le den las insignias y el uniforme correspondiente.

PANCHO.- No, no. Yo... ya estoy uniformado.

CAPITAN.- Bien. Como usted quiera. Todavía hay un asunto sobre el que tenemos que hablar. Los prisioneros esos, hay que juzgarlos. Y entre más pronto mejor. Por si las moscas, usted sabe. Antes de fusilarlos quiero que usted los juzgue.

PANCHO.- ¿Antes de...? Dispéñseme usted, señor capitán, pero... no le entiendo. ¿Para qué quiere que los juzgue si los va usted... ~~se~~ se les va a fusilar de todas maneras?

CAPITAN.- Pues... con el fin de darle más autoridad a su cargo. Para que lo vean los hombres, y lo respeten. Para que le tengan miedo, que es la base de la disciplina. Naturalmente, si no cree usted que deban ser fusilados esos desgraciados... si juzga usted conveniente alguna otra sentencia, se le acatará, naturalmente. ¿Es que no piensa usted pasarlos por las armas?

PANCHO.- No sé. Primero debo juzgarlos, ¿no?

CAPITAN.- Sí, cómo no. Dispéñseme. Es que ya tengo mucha experiencia en esto, y he conocido a muy pocos... en fin. Usted dará la orden, teniente.

PANCHO.- Teniente.

CAPITAN.- ¿Una cosa más. Con respecto al antiguo dueño del ingenio, al patrón ese...

PANCHO.- Mister Williams.

CAPITAN.- Sí. Quiero que con él especialmente...

(Se ven pasar a Emiliano y a Pablo por las ventanas y luego entrar por la puerta principal.

Pablo viene armado. No así Emiliano)

PANCHO.- Aquí están mis hijos. -Vengan acá. -Dispense que lo interrumpa, capitán; quiero presentarle a mis hijos. No sé si los ha visto ya.

CAPITAN.- (Por Pablo) A éste sí ya lo conozco. -¿Cómo estás, muchacho?

PABLO.- Mucho gusto, mi capitán.

CAPITAN.- Tú estabas entre los que atacaron a la guardia por detrás, si no me equivoco.

PANCHO.- Sí, capitán. Al lado de su padre. Este ojo se me despega nunca.

CAPITAN.- Así hay que ser, hijo. Ahora que recuerdo, ¿no eras tú ése que se trepó al tejado del cuartel para quemar...

PANCHO.- El mismo, capitán. El que quemó la bandera.

CAPITAN.- ¡Buena sangre! ¡Buena sangre! (Por Emiliano) A éste sí ~~me~~ no me parece haberlo visto.

PANCHO.- (Disculpándolo) Es mucho más joven. Es Emiliano, el que va a la universidad.

CAPITAN.- ¿Ah, sí? Mucho gusto, joven. También ustedes son soldados, no crean. Pero de otra clase. De la paz.

EMILIANO.- Encantado, capitán.

CAPITAN.- ¿No ha visto usted a ese grupo de universitarios que llegó anoche?

EMILIANO.- ¿Universitarios? No, señor.

CAPITAN.- Sí, de la capital. De todas partes, aun del extranjero, llegan hombres a unírseles. Desde peones hasta profesores. Vaya usted a verlos. Quizás haya algún compañero de usted.

EMILIANO.- Sí, señor, sí iré.

CAPITAN.- (Más bien a Pancho) Han llegado los pobres muertos de hambre, y sin más zapatos que el cuero de los pies. Pero ya se curtirán.

PANCHO.- ¿Ya comieron ustedes? (Pablo le dice que no con la cabeza)

Bueno, váyanse a comer. De pãso acompañan al doctor y a la viuda de Chamorro.

CAPITAN.- ¿Es que está aquí el doctor?

PANCHO.- Sí, estos días está almorzando con nosotros.

EMILIANO.- (Temiendo una respuesta afirmativa) ¿También está Margarita?

PANCHO.- (Lanzándole al Capitán una mirada y una sonrisa de inteligencia, como para jactarse frente a sus hijos de su confianza) Sí, hombre, también está Margarita. Vayan a comer.

EMILIANO.- No, si yo no tengo hambre todavía.

PANCHO.- Vaya a comer, le digo.

(Emiliano se dirige, mal de su grado, al comedor. Pablo ya había salido)

CAPITAN.- (A Emiliano) Mire, hágame el favor: dígame al doctor que quiero verlo.

EMILIANO.- Sí, señor. (Mutis)

CAPITAN.- Le dije que me vacunara a esos muchachos. Mientras no tengamos disciplina... (Al Doctor, que entra) -Doctor, le dije que me vacunara a esos muchachos que llegaron anoche. ¿Qué espera usted para hacerlo? Mientras no tengamos disciplina el enemigo podrá hacer con nosotros lo que le dé la gana.

DOCTOR.- Sí, capitán, perdone. No sabía que fuera tan importante.

CAPITAN.- Una orden es importante sea lo que sea. (Pausa) Bien. ¿Qué espera para ir a vacunarlos?

DOCTOR.- En seguida, capitán. Vine sólo a almorzar.

CAPITAN.- ¿Y es que ha estado usted almorzando toda la mañana?

DOCTOR.- No, capitán. Tuve que hacer unas visitas.

CAPITAN.- Tuvo que hacer ¿qué?

DOCTOR.- Unas visitas, a enfermos graves.

PANCHO.- Es el único doctor del pueblo, capitán. Ha venido a almorzar y a ver a mi hija.

CAPITAN.- Ah, dispense, don Francisco. No sabía que tuviera una hija enferma. -De todos modos, procure vacunármelos antes de mañana.

DOCTOR.- Sí, capitán. ¿Puedo retirarme ya? (El Capitán no le contesta, pero le da la espalda. A Pancho, como pidiéndole permiso) -Entonces

voy a acabar de comer, para ver a María, y luego iré a vacunar a esos universitarios.

PANCHO.- Gracias, doctor. (El Doctor hace mutis) -No me gusta verlo así tan humillado. El antes era autoridad. ¿Por qué se siente ahora humillado?

CAPITAN.- No se preocupe. ¿Es algo grave lo de su hija?

PANCHO.- No. Nada grave. Está encinta.

CAPITAN.- ¡Ah, caramba! Hasta con nietos, ¿eh? ¡Pesa usted sobre la tierra, amigo Francisco!

PANCHO.- (No quiere hablar sobre eso) Sí, sí. (Pausa)

CAPITAN.- Bueno, don Francisco, no quiero quitarle más el tiempo, porque...

PANCHO.- No, no.

CAPITAN.- ~~xxxx~~ ...porque quiero ir a aquí a arreglar de una vez eso de los prisioneros, para que me los juzgue y les pase sentencia. ¡Ah, sí, me olvidaba! Con respecto al dueño, al exdueño, mejor dicho, del ingenio, este...

PANCHO.- Mister Williams.

CAPITAN.- Usted era su capataz, si no me equivoco. (Pancho asiente) Entonces lo conocerá bien. He tenido muchas quejas de sus antiguos trabajadores. Por eso quiero que con él sea especialmente duro, en su sentencia.

PANCHO.- No se preocupe, capitán.

CAPITAN.- Bueno. Regresaré más tarde. Hágame el favor de decirle a su señora que no la saludo ahora, pero que cuando regrese tendré el placer.

PANCHO.- Sí, capitán. ~~xxxxxxx~~ No se preocupe.

CAPITAN.- Hasta luego, t e n i e n t e .

PANCHO.- Gracias, mi capitán. Hasta luego.

(Mutis del Capitán. La Mujer de Pancho se asoma por la puerta del comedor)

MUJER DE PANCHO.- ¿Ya se fue?

PANCHO.- Ven acá, mujer. No tengas miedo. Ya se fue.

MUJER DE PANCHO.- ¿Y qué quería? ¿Por qué se ha hecho tan amigo tuyo?

PANCHO.- ¡Cómo que por qué se ha hecho tan amigo mío! Si no es por mí

no cogen nunca el pueblo. Lo ha sabido mi general Sandino y le ha ordenado que me nombrara teniente.

MUJER DE PANCHO.- ¿Teniente? ¿Militar?

PANCHO.- Sí, claro.

MUJER DE PANCHO.- Eso no me gusta, Pancho. Tendrás que irte a pelear con ellos y tú tienes tres hijos.

PANCHO.- No, no me mandarán a ninguna parte. He aceptado sólo con esa condición: de quedarme aquí, al mando de los soldados que me deje para proteger el pueblo, cuando se vayan ellos.

MUJER DE PANCHO.- ¿Se van ya, por fin? ¿Te dijo que se irían?

PANCHO.- No se sabe todavía. Esperamos órdenes de San Fernando. Pero no se lo vayas a decir a nadie. Es secreto.

(Han entrado el Doctor y la Viuda de Chamorro.

La Viuda de Chamorro es delgada, muy delgada.

Viste de riguroso negro. Neurótica).

MUJER DE PANCHO.- ¡Qué alivio! ¡Menos mal que se van! Esos soldados han acabado con el pueblo en la escasa semana que tienen de estar aquí. Langostas, eso es lo que parecen.

VIUDA.- (Alegre) ¿Se van ya? ¿Se van por fin del pueblo? -¿Ha oído usted, doctor?

PANCHO.- ¿No ves? No puedes guardar un secreto. Mañana sabrá el enemigo que estamos sin defensa y nos atacarán.

MUJER DE PANCHO.- (A la Viuda) Cállese, comadre. No hable tan alto.

VIUDA.- (Voz baja) ¿Pero es verdad que se van ya los soldados?

MUJER DE PANCHO.- Todavía no se sabe, pero mejor es que no hable de eso.

VIUDA.- Es que ya no hallo las horas de poder regresar a mi casa. Me da vergüenza molestarla tanto, comadrita, (Comienza a sollozar) pero ya sabe usted que dos mujeres solas, en esa casa, con tanto soldado borracho por ahí...

MUJER DE PANCHO.- Déjese de tonterías, comadre. Aquí no molesta a ~~nadie~~ nadie.

VIUDA.- ¡Qué suerte la de ustedes, la de vivir tan retirados!

MUJER DE PANCHO.- (Acompañándola hacia el pasillo) Váyase ahora a dormir la siesta un rato. Le sentará bien.

VIUDA.- (Obedece. De pronto se quiere regresar) ¿Y Margarita? ¿Dónde está Margarita?

DOCTOR.- Con María. Déjela. Vaya usted a echarse un rato.

VIUDA.- (Dejándose llevar) ¡Dos mujeres solas en el mundo! ¡Dios mío!

MUJER DE PANCHO.- Venga, comadre, venga. (Salen las dos por el pasillo)

DOCTOR.- ¡Pobre viuda! Son ustedes muy generosos albergándola, y a su hija. Son ustedes muy generosos, Pancho.

PANCHO.- No es en eso en lo que está pensando, doctor. Piensa que esos soldados liberadores son una maldición, como... langostas. Que son indios borrachos todos y que no hay seguridad para las mujeres.

DOCTOR.- No, Pancho, no. Son soldados. Y los soldados son todos así. En cuanto a las mujeres, pues, es lógico que estos hombres, lejos de sus mujeres, busquen con quien descargarse. Es lógico. Además, hombres malos hay siempre en todas partes. Ya ve usted...

PANCHO.- Lo de María, ¿verdad?

DOCTOR.- No. Pero sí, también lo de María ilustra lo que quiero decirle.

PANCHO.- (Voz de mando) ¡Doctor, he dado orden de que no se hablara de ese asunto en mi casa!

DOCTOR.- (Extrañado, pero humilde) Sí. Perdona, Pancho. (Pausa)

PANCHO.- (Queriendo acercársele espiritualmente) ¿Qué le ha pasado a usted, doctor? ¿Por qué ha cambiado tanto últimamente? ¿No ve que todo esto, que esta guerra, es a favor de usted, de nuestros principios, de esa libertad de la que siempre hemos hablado?

DOCTOR.- (Con un dejo de amargura. Sin verlo así, naturalmente) Sí, Pancho, sí lo veo. Veo también que eres muy amigo del capitán.

PANCHO.- (¿Con vergüenza?) Sí. Me ha nombrado teniente.

DOCTOR.- ¿Teniente? ¡Vaya, vaya! Te felicito.

PANCHO.- Es un cargo temporal. En caso de que se vayan.

DOCTOR.- Te felicito. Por lo menos así respetarán tu casa. Te sirvió, pues, de algo atacar la guarnición de guardiás. Eras otro ese día, Pancho. No se te reconocía.

PANCHO.- Es raro que no se nos reconozca cuando somos verdaderamente lo que somos. Usted no sabe lo que pasamos en ese ingenio, doctor, los que hemos dejado allí la vida. Usted no sabe algunas cosas... las humillaciones...

DOCTOR.- Sí, Pancho. Sabes que tuviste mi apoyo, que le hablé a los hombres para que te siguieran ese día. Sólo que ahora... no sé, Pancho. No sé.

PANCHO.- (Sabe) Sí.

DOCTOR.- No es que yo quiera que se vayan, Pancho, pero los campos no se trabajan. Las máquinas del ingenio comienzan a oxidarse, y no pasará mucho tiempo para que cunda el hambre. Esta misma mañana, en casa de doña Tomasa, la viejita esa... se desayunaban sin pan. ¿Cómo quieres que sane, la pobre?

PANCHO.- Primero hay que ganarse la tierra, después se la trabaja.

DOCTOR.- Me pides mi consejo, Pancho, y yo te lo doy. Si los campos no se trabajan cundirá bien pronto el hambre. Los soldados matan todas las reses de mister Williams. No perdonan ni las terneras. Han saqueado todas las tiendas. Yo no digo que ustedes, o que nosotros, más bien, no tengamos derecho sobre las tierras de mister Williams. Pero no se trabajan, Pancho, no se trabajan.

(Entra la Mujer de Pancho por el pasillo)

MUJER DE PANCHO.- ¡Uf, qué señora! Está deshecha.

DOCTOR.- Precisamente, doña Clemencia, le decía aquí a Pancho que son ustedes muy generosos albergándola a ella y a su hija en estos días de agitación.

MUJER DE PANCHO.- ¡Cómo va a creer, doctor! Esto se lo debemos a mi padre Pedro, que en paz descansa. ¿Cómo iban a quedarse solas esas mujeres en el pueblo? ¡Con tanto soldado y desorden! Por lo menos aquí vivimos un poco retirados y pueden estar tranquilas. ¿Dónde está Margarita? Hay que decirle que vaya a acompañar a su madre. Está deshecha. Se la comen los nervios.

DOCTOR.- Deje a Margarita con María. Se divierten.

MUJER DE PANCHO.- ¿Ya examinó a María, doctor?

DOCTOR.- No, todavía no. Pero hay tiempo. (Recuerda y mira a Pancho)
No, no hay tiempo, se me olvidaba.

PANCHO.- (Comprende) ¡Déjese de pendejadas, doctor!

MUJER DE PANCHO.- ¡Ya estás otra vez diciendo malas palabras! Cada vez te haces más patán. -Haga usted la digestión, doctor. Voy a traerle una

tazita de café.

DOCTOR.- No se moleste, señora.

MUJER DE PANCHO.- Si no es molestia. No faltaba más. -Ahora vengo, Pancho. Quiero que me cuentes todo eso sobre el cargo que te han dado. ¡El propio general ha dado la orden, ¿eh?! (Mutis por la cocina)

PANCHO.- (Mirando por la ventana) Tiene usted razón, doctor. No hemos recogido las cocechas y se pudren en el sol. Se pudren en el sol y ahora mismo llegará el hambre.

DOCTOR.- Debemos ahorrar alimentos. Especialmente ahora que no entra casi nada al pueblo. No hay que dormirse sobre los laureles. Y ustedes no deben de ser tan generosos. Conmigo, por lo menos, invitándome tanto a comer. Le hará falta a sus hijos cada bocado que me den.

PANCHO.- No se preocupe, doctor. Hablaré hoy mismo con el capitán. Nosotros somos todos hombres de campo, no soldados.

(Vuelve a entrar la Mujer de Pancho por la puerta de la cocina)

MUJER DE PANCHO.- Ahora se lo traen, doctor. (Por la Criada) Esta india vieja cada vez se vuelve más inútil.

DOCTOR.- No se moleste, señora.

MUJER DE PANCHO.- Ahora cuéntame cómo fue eso, y si te vas a tener que ir a la guerra con ellos.

PANCHO.- No, mujer. No tendré que irme a ninguna parte. Es un cargo... especial, por si se van ellos. Me dejarán al mando de las tropas que dejen.

MUJER DE PANCHO.- Tú no te debes meter en esto, Pancho. Ya has hecho más de lo suficiente. Los campos están sin trabajar, y tú...

PANCHO.- Sí, ya lo sé.

MUJER DE PANCHO.- ¿Y te van a pagar algo, por ese cargo?

PANCHO.- ¿Pagarme? (Señala los campos por la ventana) Mira, mujer, mira... Todo eso es nuestro ahora, y de nuestros hijos, y de los que tendrán ellos. ¿Quieres que cobre más?

MUJER DE PANCHO.- ¿Te darán escrituras, papeles...?

PANCHO.- Tú no comprendes.

MUJER DE PANCHO.- Bueno, ¿y qué es lo que tienes que hacer?

PANCHO.- Ya te lo he dicho. En caso de que se vayan ellos yo quedaré

aquí al mando de las fuerzas que dejen. Además, seré algo así como juez, como el que teníamos de alcalde.

MUJER DE PANCHO.- ¡Haberlo matado! No debieron haberlo matado. El hombre era malo, sí, pero no para que le dieran un tiro, como a un perro. -¿No cree usted, doctor? (Gesto del Doctor. Prefiere no opinar) -Ese capitán será muy amigo tuyo, pero es un salvaje.

DOCTOR.- La guerra, doña Clemencia. Es la guerra.

MUJER DE PANCHO.- Pero pudieron echarlo preso, como al patrón, como a esos otros prisioneros.

(Entra la Criada con una tazita de café. Se la da a la Mujer de Pancho y ésta se la pasa al Doctor. La Criada se interesa un poco en la conversación)

MUJER DE PANCHO.- ¡Vete a ver esos tamales! (Mutis de la Criada)

DOCTOR.- Gracias, señora. Es usted muy amable.

MUJER DE PANCHO.- Te aseguro que hará lo mismo con esos pobres americanos que traen presos.

PANCHO.- No. Yo... juzgaré a esos..

MUJER DE PANCHO.- ¿Tú?

PANCHO.- Sí. Ahora soy el juez del pueblo.

MUJER DE PANCHO.- ¿Vas a juzgar a los prisioneros, a los yanquis?

PANCHO.- A todos. Y al patrón también.

MUJER DE PANCHO.- ¡No, Pancho! ¡No te metas en eso! ¡No te metas en eso, por favor!

PANCHO.- ¿No te estoy diciendo que soy algo así como juez?

(Al oír el Doctor lo del juzgamiento de mister Williams, vuelve a ver a Pancho y se le rie en la cara, con la suficiente poca discreción para que éste se dé cuenta)

PANCHO.- (A su Mujer. Conteniéndose la rabia que le ocasiona esa risa burlona) Voy a acostarme un rato. Que me avisen cuando venga a buscarme el capitán..

(Hace mutis por el pasillo. Su Mujer va tras él, la vista vuelta hacia atrás, mirando al Doctor que ya se había arrepentido y estaba

serio. La mirada de la Mujer de Pancho pareciera pedirle disculpa por la fría indignación de Pancho. Emiliano, que había entrado por la puerta del comedor, ha alcanzado a oír lo del juzgamiento. Va hacia el Doctor)

EMILIANO.- No debe usted ser tan cruel, doctor. !Reírsele en su propia cara!

DOCTOR.- Ah, Emiliano. No, no me reía de él. Eh... el café, estaba muy caliente. Me atoré.

EMILIANO.- Sea franco, doctor; sea usted franco. Se reía de él. Y con razón. Todo esto es un espectáculo cómico, grotesco.

DOCTOR.- Lo que sí me extraña mucho, Emiliano, es que haya usted cambiado tanto. ¿No andaba usted diciendo por ahí, y hasta publicando, cosas sobre nuestra autonomía nacional? Pues ya la tenemos. Ya somos libres.

EMILIANO.- !Ja, ja! !Libres! Entonces usted ~~no~~ no comprendió lo que quería decir. Yo no quería decir que la tierra se les debe quitar así. En primer lugar, yo no creo que la tierra se le debe quitar a ~~nadie~~ nadie que se la ha ganado por sus propios méritos y trabajo. Lo que yo decía era que debemos hacernos un ambiente en ella, para no sentirnos extranjeros, desterrados. Nuestro problema es bastante más profundo para que lo pueda resolver una de estas revolucionesitas cómicas. !Cómo se deben reír de nosotros en Europa!

DOCTOR.- Pues aunque no lo quiera, todas esas publicaciones de usted y de tanto universitario como usted, son las que han precipitado todo esto.

EMILIANO.- (Después de haber visto casualmente la imagen de la Virgen, pero sin referirse a ella materialmente) Mire usted, para que vea que se trata de algo bastante diferente. El otro día leía que Murillo usaba a una ~~mu~~ amante suya para modelo de sus vírgenes. Y está muy bien que Murillo adore a esa mujer, que la endiose. Pero no me va a negar que es patético ver a una india adorando a la amante de Murillo.

DOCTOR.- ¿Pero qué importa que la Virgen tenga las facciones de la mujer de Murillo? Lo que se adora es... es algo más. Es lo que esas

facciones simbolizan.

EMILIANO.- Murillo era un gran pintor, doctor, y su genio no estaba en pintar las facciones de su amante, sino ese algo más, precisamente, pero de su amante, de su amante. Una mujer aria probablemente. Pues lo mismo todo. Hasta Dios. Porque no sólo está Murillo, están todos los grandes genios que a fuerza de talento se han ganado la tierra, la han modelado a ~~su~~ su medida. ¡Y ahora estos quieren quitársela con machetes! Cuesta más, mucho más. ¿O es que usted cree que cosas como Dios se les entregará a cambio de los gritos estúpidos de estos bizarros conquistadores?

DOCTOR.- No blasfeme usted, hombre, que ya ha caído bastante maldición sobre nosotros para que precipite usted ahora ~~más~~ más.

EMILIANO.- ¡Bah! Lo mismo, lo mismo Dios, todo. Dios, el único, el todopoderoso, el Dios de los ejércitos, es un Dios blanco, barbado. ¿Sabe usted lo que supone el usar barbas? ¡Hombreee! ¡Una barbaridad! No es solamente una cuestión de pelos. Y nosotros somos lampiños. ¿No ha visto usted el bigotillo miserable de Pablo? ¡Patético! De esa cadena, de esa esclavitud era de lo que ~~yo~~ hablaba yo. Esclavitud, tiranía, porque estamos obligados a respirar un aire no hecho para nuestros pulmones. Somos extranjeros en la tierra, sin Dios, sin nada. Doctor, ¿por qué los indios rezan en voz alta, como temiendo que de hacerlo en silencio, como los blancos, no los oiría nadie? ¿No será porque no lo tienen dentro? ~~¿Y~~ ¿Y cómo ~~quiere~~ quiere que tengan dentro, en su intimidad, a un extranjero, de otras facciones que las suyas y de barba rubia?

DOCTOR.- Está equivocado, muy equivocado. Dios no tiene ni deja de tener barba. Son símbolos que se hace el hombre. Es completamente inmaterial, y apto para cualquier pulmón, como dice usted. No voy a darle pruebas, pero ahí está su madre, cuya religiosidad ilustra lo que digo.

EMILIANO.- Eso es porque se nos ha acondicionado. Pero no se puede despojar a una raza de todo su ~~interioridad~~ intimidad. Una parte, una buena parte de ella, se sofoca. Además, eso que dice usted ahora es también una concepción aria de Dios. A mí me parece...

DOCTOR.- (Interrumpiéndolo) Y prueba de ello, de que es el hombre el que se hace estos símbolos de Dios, es que los chinos representan a Cristo con los ojos rasgados. Lo mismo hacen con las imágenes de la

Virgen y de los Santos.

EMILIANO.- Puro cuento. Esas imágenes son fabricadas en Inglaterra, y hechas con el propósito de meter a los chinos dentro de la órbita de influencia occidental, donde ellos son los reyes. Es una cuestión de finanzas. Cualquier chino culto sabe perfectamente bien, y es posible que le duela saberlo, especialmente si es cristiano, pero lo sabe, que los ojos de Cristo no son rasgados. A mí me parece verlo claro. Ah europeo no le servían ya sus dioses, ni aquel Dios poderosos judío, demasiado grande para los pequeños refinamientos a que había llegado la cultura clásica, y se consiguieron a Cristo. Cristo fue la chispa que prendió fuego a tanta pólvora, un pretexto, una bandera, judía quizás, pero para representar un movimiento cien por cien europeo. ¡Qué digo europeo! Mucho más: Mediterráneo. Lo único que tuvieron que hacer fue limarle un poco la nariz. Y lo hicieron Dios, un Dios chiquito, que llega hasta a quejarse, en el Monte de los Olivos, que llega incluso a dudar de Dios. A éste sí que le podían pedir que les curara con todo un señor milagro un simple dolor de muelas, o que les hiciera ganar la lotería? Un Dios exactamente a su medida, hecho con el canon de ellos. Y está muy bien. Pero eso no nos ~~sirve~~ sirve a nosotros, al menos... a esa parte que le digo.

DOCTOR.- Está equivocado, Emiliano. ¿Y quiere usted destronar a Cristo para poner en su lugar a un Dios de su medida, de la medida nuestra?

EMILIANO.- No, no quiero destronar nada. No quiero nada de violencia. Sólo se trata de modificarlo un poco, de estirar un poco su puerta del Paraíso para que también nosotros podamos entrar. Pero... esto... tenemos que hacerlo nosotros. No los ingleses. Ellos lo hacen a su manera. Estoy seguro que en algo tuvieron que ver los ingleses en la fabricación de la Virgen de Guadalupe. La pintaron de chocolate y con eso creyeron haberla acercado al indio, para meterlo dentro de su órbita. El color chocolate no tiene que ver nada con el indio. El indio es otra cosa, más adentro. (Transición) Hace un año, doctor...

(Lo interrumpe María, Margarita y Pablo, que entran por la puerta del comedor)

MARGARITA.- Doctor, ¿a los cuántos ~~años~~ meses comienzan a caminar los

niños?

DOCTOR.- Pues, eso depende, claro.

MARIA.- Sí, pero lo normal.

DOCTOR.- Pues a los doce meses, al año, más o menos.

MARGARITA.- (A Pablo) ¿Ves?

PABLO.- (Conmoveramente infantil) Yo creía que antes. Porque el hijo del Enrique ~~está~~ tiene sólo seis meses y ya corre.

DOCTOR.- Sí. Hay casos.

MARGARITA.- Tú habrás aprendido primero a montar a caballo que a caminar.

DOCTORA.- (A María) ¿Y a qué viene tanto interés por estas cosas? Ya las sabrás dentro de poco.

MARIA.- No. Si es Margarita y Pablo.

DOCTOR.- Da gusto verlos tan contentos en medio de tanta calamidad.

!Bueno! !Bueno! Pero no lo dije para que se pusieran así. (Es inútil ya) -Ven, vamos a examinarte.

MARIA.- No, doctor, ¿ya?

DOCTOR.- Sí, ya. Tengo mucho que hacer esta tarde. Espérate, que dejé el maletín aquí en el comedor, me parece. (Sale a buscarlo)

MARGARITA.- ¿Y tú, Emiliano, qué opinas de los niños?

EMILIANO.- ¿Qué sé yo! Que parecen animalitos. El de Enrique por lo menos.

MARIA.- ¡Deja a ése, Margarita!

MARGARITA.- Bueno, ¿y ustedes dos por qué se odian tanto? ¡Caramba, no parece que fueran hermanos! Anda, Emiliano, dile algo bonito a María.

DOCTORA.- (Entrando con el maletín) Vamos, María. Es un momentito nada más. (Mutis con María por la puerta del lateral derecho)

(Pablo no se siente a gusto y busca cualquier pretexto para irse y dejar solos a Margarita y Emiliano)

PABLO.- Bueno, yo... voy a ver las bestias. (Inicia el mutis por la puerta principal pero se arrepiente y se dirige hacia la de la cocina)

MARGARITA.- Los caballos no están en la cocina, Pablo.

PABLO.- ¿Ah? No. Pero voy a salir por ahí, para pasar tomándome una tazita de café. (Mutis burdo)

EMILIANO.- ¿Te das cuenta cómo todo el mundo quiere dejarnos solos?

MARGARITA.- ¿Por qué eres así, Emiliano?

EMILIANO.- ¿Cómo?

MARGARITA.- Con María. ¿No ves que es tu hermana? No lo dicen, pero ustedes están ~~amargados~~ enojados. Ella nunca quiere hablar de ti. Cuando éramos niños yo recuerdo que ustedes dos eran uña y carne.

EMILIANO.- Yo quiero mucho a María, Margarita. De veras.

MARGARITA.- Entonces, ¿por qué están tan... tan distanciados? (Pausa)
Yo creo saber por qué, Emiliano.

EMILIANO.- No, si no estamos distanciados.

MARGARITA.- Pero, ¿tú crees que eso no se puede ver? Y yo creo saber por qué. Tú no le has perdonado su... su mal paso. Yo no te creía así, tan rencoroso, Emiliano. Francamente. Mira a Pablo.

EMILIANO.- No, Margarita, no estamos nada distanciados, te repito. Es que yo soy así. Sobre todo últimamente. Creo que hasta contigo me he portado mal.

MARGARITA.- Conmigo no importa.

EMILIANO.- (Tierno) ¿Cómo no va a importar, Margarita? No digas eso. ¿O es que quisiste decir que ya no te importa?

MARGARITA.- No.

EMILIANO.- ¿Ya no te importa entonces?

MARGARITA.- No. Que no fue eso lo que quise decir. (Lo mira)

EMILIANO.- (Desviando ahora ese dulce camino que había encauzado los ojos de la hermosa pueblerina, después de haberlo provocado él mismo) Ha habido en mí grandes cambios. Los estudios, la capital, ¡qué sé yo! Pero he cambiado mucho.

MARGARITA.- Una capitalina, ¿no es cierto?

EMILIANO.- No, no. Ninguna mujer. De veras. Es otra cosa, Margarita. Es otra cosa que me preocupa mucho. Yo no puedo explicártelo. Es muy difícil. Uno cambia. Lo que antes nos parecía bonito, hoy ya no. Y así. No te lo puedo explicar.

MARGARITA.- Sí. Ya sé.. Es tu manera cortés de decirme que ~~x~~ ya no te ~~gusta~~ gusto, como antes, cuando éramos niños. No importa. (!Claro que le importa!)

EMILIANO.- Tómallo así, si quieres... Pero... En fin... Tómallo así, si quieres.

MARGARITA.- ¿Es que hay otra manera de tomarlo?

EMILIANO.- Bueno, no. Pero no hay otra mujer, Margarita. Créeme.

MARGARITA.- Yo no sé.

EMILIANO.- Es otra cosa. Y ahora me importa mucho que me creas. Pon atención. Pon toda tu atención, Margarita: Yo te quiero muchísimo.

MARGARITA.- Sí, como hermana. Como cuando niños jugá...

EMILIANO.- ¡No! ¡Pon atención, te digo! Yo te... pero de hombre a mujer, de soledad a soledad. Te amo, Margarita. Yo no sé por qué me duele decírtelo. Yo no sé por qué, pero es cierto.

MARGARITA.- ¿No te parece que ya has jugado demasiado conmigo...?

EMILIANO.- ¡¿Es que no te das cuenta, tonta?! Yo... busco el camino para llegar a ti. A veces me parece que es muy tarde, pero ahora, te veo, y creo que no, si tú me ayudas. Gáname el corazón, gáname sólo el corazón, que el resto es tuyo ya, Margarita. (Desde lejos) ¡Amor! ¡Recupéramelo! Lo he perdido. Nos odia. ¿Me estás oyendo? (Pausa. Margarita no comprende) No. No me oyes.

MARGARITA.- No te comprendo, Emiliano. ¡Qué raro eres!

EMILIANO.- Comprendo sólo que te quiero. O no, no lo comprendas, siéntelo. Déjame el resto a mí. No te preocupes. ¡Oh, si no fuera por esta imbécil revolución! Quiero paz, tranquilidad, para ver las cosas claras.

MARGARITA.- También yo quiero que termine todo esto. Así podrás regresar a la capital y terminar tus estudios.

EMILIANO.- No. Yo ya no pienso regresar allá.

MARGARITA.- Cuando termine todo esto, digo.

EMILIANO.- No. Yo ya no pienso regresar allá. Quizás más adelante. Mucho más adelante. Primero quisiera vivir unos diez años aquí, en el campo. Trabajar la tierra y tener hijos. Y llegar a amar esto. ¿Comprendes? (Transición) Seremos felices, Margarita. Tenemos muchas esperanzas todavía. No es demasiado tarde. Te veo ahora y me parece que no es demasiado tarde. (La mano sobre el corazón) Me late fuerte, ¿sabes? ¡Pon la mano y verás! (Se la pone. Margarita es feliz sin saber

por qué) ¿Sabes lo que esto significa? ¿Sabes lo que esto significa?

(Entra la Mujer de Pancho por el pasillo)

MUJER DE PANCHO.- ¡Opa! ¡Qué gusto da verlos juntitos! Como cuando eran niños. Me alegro que se hayan contentado.

MARGARITA.- (Radiante de alegría) Si no estábamos bravos, señora.

MUJER DE PANCHO.- Bueno, entonces me alegro de que estén ahora más contentos. ¿Y María?

MARGARITA.- Está en su habitación, con el doctor.

MUJER DE PANCHO.- Avísenme cuando salgan. (Mutis por la cocina)

MARGARITA.- Sí, señora.

EMILIANO.- Te quiere mucho mi mamá.

MARGARITA.- Sí. Es muy buena. No sé qué sería de mí y de mi mamá si no fuera por doña Clemencia, hospedándonos estos días.

EMILIANO.- Es que quiere a su futura yerna. Y me la cuida.

(Entra el Doctor por la puerta del lateral derecho)

DOCTOR.- Bueno. (Mira su reloj) No han dado las tres todavía, ¿verdad?

MARGARITA.- No, doctor. Creo que no.

DOCTOR.- Hasta mi reloj anda loco estos días.

EMILIANO.- ¿Cómo está María, doctor?

DOCTOR.- Muy bien. Muy bien. Es una muchacha sana, María.

(María sale por la misma puerta, abrochándose el último botón de su falda)

DOCTOR.- ¿Qué ha encargado usted a París, María, mujercita o varón?

EMILIANO.- Sí, sí. A París.

MARIA.- (A Margarita) Vente, vámonos al comedor.

MARGARITA.- Tu mamá quería verte.

MARIA.- ¿Mamá? ¿Dónde está?

MARGARITA.- En la cocina. (Mutis de ambas por la cocina)

EMILIANO.- ¿De veras, doctor, que está bien?

DOCTOR.- Sí, hombre, perfectamente bien. No se preocupe.

EMILIANO.- ¿Y cuándo cree usted que nacerá?

DOCTOR.- Eso es imposible de saberlo con seguridad. Yo creo que ya bien pronto. No está encajado todavía, pero a veces sucede a última hora. Usted ya sabe que María no quiere decir nada, y no conviene

conviene tomar precauciones. Por cierto, Emiliano...

MUJER DE PANCHO.- Bueno, doctor. Con su permiso.

DOCTOR.- Sírvase, señora.

(Mutis de la Mujer de Pancho por la puerta de la cocina. El Doctor va a la puerta principal, se asoma, duda. Es evidente que no se quiere ir, suspira, se resigna)

EMILIANO.- (Sonriéndose) No le gusta ir al cuartel, ¿verdad?

DOCTOR.- No es eso exactamente. De todos modos, tengo toda la tarde por delante. ¿No los conoce usted? Son de la universidad.

EMILIANO.- No sé. Quizás conozca a alguno. No los he visto todavía.

DOCTOR.- ¿No quiere venir conmigo?

EMILIANO.- No, no. También a mí me resulta desagradable andar por ahí. Y además, no me gusta recordar mis tiempos de la universidad.

DOCTOR.- No sabe lo que dice. Ya verá cuando llegue a viejo si le será agradable o no recordar esos tiempos.

(Pasan María y Margarita de la cocina al comedor. Detrás de ellas, como perrito faldero, Pablo)

EMILIANO.- ¡Qué va!

DOCTOR.- Espere y verá.

EMILIANO.- No, qué va. Yo no estoy de acuerdo con esa clase de educación que se nos da.

DOCTOR.- Que uno no esté de acuerdo con los profesores, no importa. Incluso hasta conviene muchas veces. Pero se aprende el rigor, la disciplina. Claro, no tenemos grandes técnicos... aunque... ni eso, porque en su facultad hay muy buenos arquitectos.

EMILIANO.- No es eso.

DOCTOR.- ¿Y por qué no está de acuerdo con esa educación, Emiliano? Usted siempre ha sido brillante en sus estudios.

EMILIANO.- Ya se lo he dicho. Uno aprende ahí ciertos cánones de belleza, de moral... ciertas medidas. Se las meten a uno hasta por las narices. Y si luego se mide uno con ellas, con esas medidas, resulta uno chiquito, feo, deforme, malo. Uno, porque son cánones hechos por los europeos para los europeos mismos.

DOCTOR.- Ese es un error, Emiliano...

EMILIANO.- Aprenda usted a saber lo que es bello en los corredores del Louvre... bueno... en esos libros de museos y de arte. Apréndalo usted y verá cómo encontrará fea a su propia mujer. Claro, usted no está casado; de lo que, entre paréntesis, yo deduzco muchísimo. Pero mida con esos cánones europeos a la mujer india y verá cómo la encuentra fea.

DOCTOR.- ¡Vaya, hombre! ¡En qué error está usted! Nunca sabemos lo que tenemos. Nuestras mujeres, Emiliano, tienen fama de ser hermosas, y no aquí, entre nosotros, sino entre los mismos europeos.

EMILIANO.- Sí, pero porque se asemejan a sus instintos atávicos. Y además, muchas de nuestras mujeres se parecen a las europeas, y llaman la atención por eso. Pero supóngase usted que por casualidad tuvieran dos narices y no una.

DOCTOR.- Serían fenómenos, claro.

EMILIANO.- Pues yo le digo que sería menos grave nuestro conflicto si tuviéramos dos narices cada uno. Es mucho más terrible para un sediento el tener el agua casi al alcance de la mano que el tenerla fuera de toda posible esperanza. Así nosotros. Ni siquiera somos negros. Somos morenos claros, casi casi llegando a blancos.

DOCTOR.- Bueno, Emiliano, pero yo no sé a qué viene todo esto. En primer lugar usted no es indio.

EMILIANO.- ¡Bah! Claro que lo soy.

DOCTOR.- En parte sí, pero no tanto para que se llame indio.

EMILIANO.- Yo no digo que no tenga también sangre blanca, pero lo que en mí hay de blanco está tranquilo, cómodo: Habla en español, se identifica con el mundo, respira suavemente... Pero lo que en mí hay de indio no habla, doctor, ni se identifica con nada. Está sentado en el fondo de mí, oscuro, y su respiración suena. Es hasta posible que sea el blanco en mí el que arme tanta bulla y quiera redimir al indio, pero eso ya no me importa.

DOCTOR.- Me parece ridículo querer redimir al indio de su color oscuro. El color de la piel no es tan importante como para creer que por ella no podemos ser admitidos por esos cánones de los que habla usted, que, por lo demás...

EMILIANO.- Yo hablo de la piel; puse el ejemplo de la nariz, para re

ferirme a cosas concretas que se pueden ver, tocar. Pero transporte usted el problema al nivel de la moral, de lo bello, al nivel de lo religioso, y ya verá que se encuentra con lo mismo.

DOCTOR.- Por lo demás, Emiliano, como le decía, esos cánones son bastante convencionales...

EMILIANO.- Claro, claro, esa es la esperanza.

DOCTOR.- Usted mismo me decía que si viéramos el Partenón en su estado original y lo apreciaríamos con el gusto estético que hemos ~~heredado~~ aprendido de los mismos griegos, lo encontraríamos feo.

EMILIANO.- ¡Claro! ¡Claro!

DOCTOR.- ¿Es de veras cierto eso, de que estaba pintado?

EMILIANO.- Sí, sí. Estaba pintado con todos los colores, con colores chillones. Y la Venus de Milo estaba pintada también. Y no era de mármol, sino de bronce. ¡Y tenía brazos! Imagínese, el cánón de la mujer hermosa: de bronce, pintada, ¡y con brazos!

DOCTOR.- Bueno, eso de los brazos no veo cómo la haya afeado... Pero, pintada. ¡Horrible!

EMILIANO.- Y quién sabe si viéramos a Cristo tal como fue y lo juzgáramos con lo que hemos hecho del cristianismo, ¡quién sabe!... a lo mejor lo encontraríamos malo, canalla.

DOCTOR.- No diga tonterías.

EMILIANO.- Atrévase a ver las cosas, doctor. Es lo mínimo que puede hacer un ser racional que quiera ser consecuente, responsable. ¡Caray, qué bueno sería si el día de mañana nos encontráramos con que Cristo está en los infiernos!

DOCTOR.- No diga usted tonterías, hombre.

EMILIANO.- ¡Atrévase, doctor! Pero bueno, eso no importa. La cosa es que precisamente porque son convencionales esos cánones es que podemos abrigar la esperanza de ~~embriarse~~ cambiarlos. Yo... sentimentalmente... no los cambiaría por nada del mundo. Pero comprendo que hay que hacerlo, comprendo que hay que cambiarlos.

DOCTOR.- Pero ~~comprenda~~ comprenda también que no se pueden destruir todos los museos, Emiliano, y los libros, y... en fin, todo.

EMILIANO.- No. No de cambiarlos así, rotundamente. De modificarlos sim-

plemente, de contribuir en su desarrollo para que tengan algo nuestro, de estirarlos un poquito, en nuestra dirección, de manera que también nosotros quepamos. Mire usted a los negros, por ejemplo. Ellos, por estar en una posición más drástica que la nuestra, ellos se han dado cuenta del problema, y han sabido encararlo y resolverlo. Se han ~~ate~~ atrevido. Si no lo han resuelto, por lo menos están trabajando para resolverlo: Exportan sus sentimientos, su manera de ser, a todas partes del mundo. Difícilmente se podría hoy en día escribir música, y hablo de la clásica, sin tener que recurrir a esos sentimientos, a esa particularísima manera de ser. Se han colado en el mundo occidental, disfrazados de músicos, de notas...

DOCTOR.- No, no. Va usted muy lejos. No creo que sea eso así. La música clásica no tiene que ver nada con esa negroide horrible.

EMILIANO.- Eso es lo que usted cree. Y aunque así fuera, no puede negar que en la bailable, en el género popular, es la que lleva la batuta. Y lo popular, doctor, como termómetro de una cultura, es bastante más fiel que cualquier cosa. Hoy, cuando los reyes de Inglaterra bailan, el corazón se les tiñe un poco de negro; no le quepa duda. Se han colado, le digo. Es una raza fuertísima. Deje usted caer una gota de sangre negra en una persona y trascenderá hasta la séptima generación. Y se han colado de gota en gota. Y si no en sangre, en espíritu, que es mucho más biológico. ¿Sabe usted que en París las francesas se pelean por los negros?

DOCTOR.- Esnobismo. Esa es la ciudad del esnobismo y de la corrupción.

EMILIANO.- Eso es ver las cosas por fuera solamente. Las cosas tienen un dentro. Que han sabido los negros darle categoría a sus sentimientos. Yo los admiro. En México también se quiere hacer eso, con la pintura, con la poesía. Aparentemente la cuestión es fácil. Basta pintar a un indio bello; es decir, que sea bello en la pintura. Pero para pintarlo bello hay que verlo bello primero, y para ~~ver~~ verlo bello hay que amarlo. Esto es lo difícil. Porque no se admite el engaño por muy buena que sea su intención. Esto es lo difícil. Desprenderse de todos los cánones para poder amarlo y encontrarlo hermoso. Una vez que se haya pintado hermoso, a fuerza de amor, porque todo lo que se ama es hermoso, una

vez que se haya pintado hermoso, todo el mundo lo verá así, y será otra medida. Lo mismo con la poesía, con la música, con la manera de amarrarnos los zapatos.

DOCTOR.- Tiene usted una manera de decir las cosas...

EMILIANO.- Claro. Mire usted; antes, yo pensaba que la única manera que teníamos para poder entrar era cruzarnos racial- y sentimentalmente, hasta hacer ~~deser~~ desaparecer todo vestigio indio. Pero ahora comprendo que cruzarnos sería la muerte, que la salvación es trabajar en el terreno de la cultura. Hacernos hermosos y buenos, ~~dirigo~~ dignos. Pero, le repito, para hacernos hermosos y buenos, a nuestros propios ojos primero, para no ver a mi padre ridículo y a Margarita fea... (El Doctor quiere interrumpirlo) ¡No, no, déjeme usted! Para verlos hermosos primero tengo que amarlos, y para eso antes tengo que olvidarme de tanta cosa bella que he visto y aprendido. Ese ~~ex~~ es el problema. O mi problema, si lo quiere usted. Tengo toda la mejor voluntad, pero... qué sé yo... no puedo. Hago todo lo posible... Por eso, aunque termine este conflicto, no quiero regresar a la universidad. No quiero verla más. Quiero sacármela de adentro. Pero sea como sea, doctor, nunca pensé que la solución fuera ésta, la de la violencia. La de arrebatarse la tierra por la fuerza. Eso no soluciona nada. No es ésa la conquista que vale. Y, de veras le digo, doctor, que si un día estos bárbaros quieren destruir ese mundo blanco que tanto odian, yo moriría con él, porque, como le digo, no puedo desprenderme.

DOCTOR.- ~~Emiliano Emiliano~~ Tiene usted mucha razón en ciertas cosas, pero no puede pensar en abandonar sus estudios. Su papá ha trabajado mucho para mantenerlo allá en la capital.

EMILIANO.- Mi papá no me ha mantenido. Siempre me he pagado mis propios gastos.

DOCTOR.- De todas formas, de todas formas. No puede usted desilucionarlo.

EMILIANO.- No crea, a él no le interesa que yo estudie. Su única solución es ~~x~~ el machete. Cree que todo lo va a solucionar con eso.

DOCTOR.- Pero usted tiene que estudiar, aunque sea sólo para enseñarle que ese camino de la violencia no conduce a nada.

EMILIANO.- ¿Pero no le he dicho que tengo que desprenderme? Quiero vi-

vir aquí diez, veinte años...

(Entra el Capitán por la puerta principal)

CAPITAN.- Buenas tardes.

EMILIANO.- Buenas tardes, capitán.

DOCTOR.- Buenas tardes.

CAPITAN.- Su papá, ¿puede hacerme el favor de llamarlo?

EMILIANO.- Sí, señor.

CAPITAN.- Dígale que le he traído los prisioneros.

EMILIANO.- ¿Que ha traído los prisioneros?

CAPITAN.- Sí. El ya sabe. Avísele, por favor.

DOCTOR.- Me despide de su mamá y de Pancho, Emiliano. (A escondidas del Capitán) No quiero ver yo esto.

EMILIANO.- (Sonriéndose) Bueno, doctor, bueno. (Mutis por la cocina)

DOCTOR.- Voy ahora mismo a vacunar a esos muchachos, capitán. (El Capitán no le responde. Mutis)

(Salen por la cocina Emiliano y la Mujer de Pancho)

MUJER DE PANCHO.- Buenas tardes, capitán. ¿Quería ver a mi marido?

CAPITAN.- Sí, señora. Por favor.

MUJER DE PANCHO.- Voy a despertarlo, porque se acostó a dormir la siesta. Como anoche...

CAPITAN.- Sí. Ya le dije que vendría. Me está esperando.

(La Mujer de Pancho sale por el pasillo)

CAPITAN.- ¿Ha visto usted ya a esos universitarios?

EMILIANO.- No, señor, todavía no he ido por ahí.

CAPITAN.- Aquí fuera está uno de ellos. (Llamando fuera) -¡Cabo! (Aparece el Cabo, fusil en mano) Dígale a... no sé cómo se llama, al universitario ese, que pase.

CABO.- Sí, mi capitán. (Mutis)

(Entra uno de los Universitarios. Al entrar enfunda su revólver. No lleva uniforme aún)

UNIVERSITARIO 1º.- ¿Me llamaba usted, capitán?

CAPITAN.- Este es uno de ellos. ¿No se conocen?

EMILIANO.- No, señor, oreo que no. -Pero de todos modos, encantado.

(Se dan la mano) ¿De qué facultad es usted?

UNIVERSITARIO 1º.- Medicina. ¿Usted estudia también en la universidad?

EMILIANO.- Sí. Arquitectura.

UNIVERSITARIO.- Con nosotros vino uno de arquitectura. Ricardo Fernández se llama.

EMILIANO.- Ah, sí, sí. ¿No es uno muy bajo él?

UNIVERSITARIO 1º.- Sí.

EMILIANO.- Sí, lo conozco muy bien. Es de mi propio curso. -!Conque está aquí Ricardo!

UNIVERSITARIO 1º.- Venía también otro de arquitectura, pero se regresó. ¿También usted se vino ahora con la revolución?

EMILIANO.- No. Yo estoy aquí desde las vacaciones. Vivo aquí. Me retrasé un poco, estalló la revuelta, supe que cerraron la universidad, y me quedé, claro.

(Entran Pancho y su Mujer por el pasillo. Su Mujer va al comedor, ~~segunda~~ saca de ahí a la muchachas y se las lleva a la cocina. Pablo va detrás)

PANCHO.- Buenas tardes, capitán.

CAPITAN.- Buenas tardes, teniente. Le he traído a los prisioneros.

PANCHO.- ¿Cómo...? ¿Aquí...? ¿Ahora...?

CAPITAN.- Sí. Pensé que entre más pronto salgamos de esto, mejor. Y como aquí estamos cerca del campo abierto... (Donde fusilarlos. Ve a la Mujer de Pancho que se lleva medrosa a las mujeres) Ahora veo, sin embargo, que hice mal.

PANCHO.- No, no. No importa. El caso es que yo no creía que iba a ser inmediatamente.

CAPITAN.- Tenemos que apurarnos, teniente.

PANCHO.- ¿Ya recibió usted órdenes?

CAPITAN.- No. No me han llegado todavía. Pero tengo motivos para querer tenerlo todo listo para esta noche. Y como no podemos andar en esto a media noche... pensé que ~~z~~ lo mejor sería hacerlo en seguida.

PANCHO.- Bueno, yo estoy listo.

CAPITAN.- (Al Universitario 1º) Dígales que los pasen.

UNIVERSITARIO 1º.- Sí, mi capitán.

(El Universitario sale y al momento vuelve a entrar con el Cabo, los demás Soldados, y los Prisioneros. Los prisioneros son cuatro: Mister Williams, alto, fornido, rubio; el Prisionero 1º: alto, fornido, brusco; el Prisionero 2º: ~~de~~ delgado, nervioso; y el Prisionero nicaragüense: muy moreno, grotesco dentro del uniforme norteamericano)

MR. WILLIAMS.- ¡Conque estás aquí, Pancho! ¡Ahora me vas a decir lo que estás haciendo, malagradecido!

PANCHO.- (Medio rogándole) ¡Cálmese, patrón!

MR. WILLIAMS.- ¡Qué patrón ni qué nada! ¡Estás despedido! ¿Me oyes? ¡Despedido! ¡Lárgate de mi tierra!

CAPITAN.- ¡Ese prisionero, cállese la boca!

MR. WILLIAMS.- ¡Váyase usted a comer mierda, you god damned son of a bitch! -¡Pancho, respóndeme!

PANCHO.- (Urgentemente, pero rogándole) ¡Cálmese, patrón, cálmese, por favor!

MR. WILLIAMS.- ¡No! ¡No me voy a calmar! ¡Me vas a decir ahora mismo...!

(El Capitán le hace señas a uno de los Soldados y éste le da un culetazo en la cara. Mr. Williams cae bañado en sangre)

CAPITAN.- ¡Teniente, hágame usted el favor de guardar su puesto frente a los prisioneros, y sírvase ~~de~~ pasarles la sentencia de una vez!

PRISIONERO 2º.- What's he gonna do to us? (Poniéndose histérico) He's gonna kill us, aint it? Oh, mamma! (Lloriquea como un niño)

PRISIONERO 1º.- Hold on tight, kid. Nothing is gonna happen to us. They would'nt dare. But quit ~~de~~ that crying. You don't want these dogs see you like this, do you? Get hold of yourself then.

(Mr. Williams había caído casi inconsciente. Ahora procura incorporarse. Pancho lo mira, luego mira al Capitán, y luego va a ayudar a mister Williams)

MR. WILLIAMS.- (Cargado de cristianismo) ¿Por qué me tratan así, Pancho?

Yo siempre me preocupé...

PANCHO.- (En voz alta, para convenzarse a sí mismo) !Esta es la revolución! ¿No comprende? Y usted es mi prisionero. Vamos, levántese, que se le va a juzgar. -Necesitamos un notario.

CAPITAN.- ¿Notario? ¿Para qué?

PANCHO.- (Altanero) !Para dejar constancia legal! ¿Soy yo el juez o no lo soy?

CAPITAN.- (Arrepentido ya) Sí, teniente; bueno. -Cabo, haga el favor de servir de notario.

CABO.- ¿De no... notario, yo?

CAPITAN.- Sí, de notario. Tenga. (Le da un papel. Se medió busca una ~~E~~ pluma o lápiz pero no tiene. Emiliano, sonriéndose de lo trágicamente cómico del espectáculo, le da la suya) Escriba ahí arriba "acta" y luego lo que le dicte el teniente.

CABI.- Sí, mi capitán.

CAPITAN.- Porque sabe escribir, ¿verdad?

CABO.- !Sí, mi capitán! (Lo ha dicho con tanto ardor que es evidente que no sabe escribir bien)

PANCHO.- (Bravo) !No, no! !No escriba nada!

(El Cabo le regresa el papel al Capitán y se guarda la pluma, pero Emiliano se la pide sonriéndole)

PANCHO.- (Al Prisionero 2º) +A ver, usted! ¿Cuánto tiempo tiene de estar en este país?

PRISIONERO 2º.- (Completamente histérico, a su compañero) What does he wants, Mack? What does he wants of me? Tell~~e~~ him to leave me alone, Mack! Tell him to leave me alone! Please, Mack, please!

PRISIONERO 1º.- (Bravo) Keep quiet, you little yellow rat! Nothing is gonna happen to you! But you keep quiet or I'll nock your head off!

(Pero de todos modos lo abraza. A Pancho) -No entender español. No entender.

PANCHO.- (Desinflándosele toda su bravura) ¿Pero cómo voy a juzgarlos si no saben hablar español?

CAPITAN.- ¿Pero qué está haciendo usted? ¿Para qué necesita hablarles?

!Se trata de sentenciarlos!

PANCHO.- !Pero ellos tienen que decirme ~~estas~~ cosas!

CAPITAN.- (Bravo. Por el uniforme de uno de los Prisioneros que agarra) Mire usted, !esto!, ¿no le dice nada? ¿Y esto? (Por la mano del Prisionero 1º que agarra por la muñeca. El Prisionero opone resistencia y hay un pequeño duelo en silencio. Vence el Capitán y le muestra la mano abierta del Prisionero 1º) ¿Y esto? ¿No le dice Nada? !Estas son las manos que están estrangulando a nuestro pueblo! ¿Es que no las puede reconocer sólo porque les falta el látigo?

PANCHO.- (La mira. Luego mira la del Prisionero 2º. Este, sin saber de qué se trata, abre su mano y se la mira, luego se la muestra a Pancho. Pancho no puede dejar de sonreír con amargura) Sí, sí. Nunca has hecho trabajo fuerte, ¿verdad?

PRISIONERO 2º.- Mmm? (Pancho le dice con un gesto que la pregunta no tenía importancia)

EMILIANO.- ¿Quiere que le ayude, papá?

PANCHO.- Ah, sí. Sí, hijo. Pregúntales que cuánto tiempo tienen de estar en este país.

EMILIANO.- (Buena pronunciación) How long have you been here in this country?

PRISIONERO 1º.- (Ordenándolo) You ask me the questions, will you?

EMILIANO.- Very well. How long have you been here?

PRISIONERO 2º.- You speak english! God, I'm glad we found you! Tell these people we're innocent. We have'nt done anything. We're in the army, ~~in~~ that's all.

PRISIONERO 1º.- (Con dulzura) Keep quiet, Henry, will you? Let me do the talking.

EMILIANO.- (Al Prisionero 2º) Nothing is going to happen to you. ~~Don't~~ ~~Don't~~ Don't worry. -How long, then?

PRISIONERO 1º.- Three months.

EMILIANO.- (A Pancho) Tres meses.

PANCHO.- Tres meses, ¿eh? ¿Los dos?

EMILIANO.- (Al Prisionero 1º) Both of you? (Le contesta que sí con la cabeza)

PRISIONERO 2º.- (Con alegría, como si dejara una gran cosa) Yeah, we came in the same boat. ~~We've~~ We've been together all the time, so, you see...

PRISIONERO 1º.- (Perdiendo la paciencia) Keep quiet, Henry, will you?

EMILIANO.- Sí, los dos. Vinieron en el mismo barco.

PANCHO.- Pregúntale que cuántas batallas han participado.

EMILIANO.- How many combats have you been in?

PRISIONERO.2º.- (Urgentemente, ~~ya~~ y haciendo gestos negativos con la cabeza) None! None! Not even one! -Aint that true, Mack?

PRISIONERO 1º.- For the last time, ~~w~~ keep quiet! -Four.

EMILIANO.- Cuatro.

CAPTAN.- (Había ~~ex~~ permanecido ajeno a toda acción, contemplándola de lejos con una sonrisa sarcástica-amarga. Pero no resiste más) ¿Cuántos hijos de usted pueden morir en cuatro batallas, don Francisco? Acribillados con ametralladoras, porque ~~entonces~~ estos no usan machetes.

PANCHO.- (Como si no lo hubiera oído. Con lentitud y precisión) Emiliano, díles que ellos no tienen derecho a venir a invadir esta tierra así como así. Que nadie les cree ese cuento de que lo hacen por nuestro propio bien. Que esta tierra, este pedazo de ella, es nuestro. Convéncelos. Que nosotros necesitamos un sitio en el mundo donde existir. Que se conformen con el que ya tienen. Díselos.

EMILIANO.- My fa..., the lieutenant tells me to tell you that you have'nt any ~~right~~ rights to be here. This is our land, he says, and that you should stay out of it.

PRISIONERO 2º.- But we're in the army. We don't know anything about this.

PANCHO.- ¿Se lo dijiste?

EMILIANO.- Sí.

PANCHO.- Pregúntales si prometen no volver a coger más nunca un arma contra nosotros si los dejamos libres.

CAPTAN.- ¿Qué diablos está haciendo usted, so bruto?

PANCHO.- ¿Quién juzga a estos hombres, usted o yo?

CAPTAN.- ¿Es que puede creer en la promesa de estos canallas?

PANCHO.- !Le repito, capitán, si he de juzgar a estos hombres, será a mi manera!

CAPITAN.- ¡Sólo hay una manera, y es la de fusilarlos, o el corte del ~~el~~ chaleco!

PANCHO.- Capitán, usted es aquí el que da las órdenes. (Ordenádoselo) ¡Ordéneme que los fusile! ¡Ordénemelo!

CAPITAN.- Me equivoqué con usted, don Francisco. Me equivoqué con usted. Usted lleva todavía las riendas puestas. Pero soy hombre de palabra. -¡Cabo!

CABO.- Sí, mi capitán.

CAPITAN.- Que se cumpla al pie de la letra la sentencia que el teniente juzgue conveniente.

CABO.- Sí, mi capitán.

CAPITAN.- Después me dará cuentas, t e n i e n t e. (Inicia el mutis. Se tropieza con uno de los Prisioneros y lo aparta violentamente) -¡Paso, paso, ladrón de pobre! (Mutis)

PANCHO.- Pregúntales si prometen no volver a coger armas contra nosotros si los dejamos libres.

EMILIANO.- Do you promise never to fight against us...

PANCHO.- Y abandonar el país inmediatamente.

EMILIANO.- ... and to leave at once our country if we let you go free?

PRISIONERO 1º.- (!Por fin, servil!) Yes, sir, yes seriii!

PRISIONERO 2º.- Gee, thanks, thanks a lot! (Se arrodilla frente a Pancho besándole las manos agradecido. Pancho vuelve a ver a mister Williams)

PANCHO.- Nada de eso. Que se levante. Que se levante, dile. (Se desprende a la fuerza) Diles que se les cortará las dos orejas, y que como vuelvan a caer se les reconocerá por eso y se les hará el corte del chaleco. Explícales lo que eso es.

EMILIANO.- We're going to do a... little mark no you...

PRISIONERO 2º.- Sure, anything, anything.

EMILIANO.- In case you fall again prisoner they will reconize you by that, and they will do you the corte del chaleco. That is, the amputation of ~~we~~ both hands and feet.

PANCHO.- ¿Les explicaste ya?

EMILIANO.- Sí. Lo del corte del chaleco, sí. Pero lo de las orejas ~~de~~ les dije sólo que se les haría una marca. Para que no se asusten, papá, porque, en realidad, esta gente...

PANCHO.- Bueno, bueno. -¡Cabo! Les cortas las orejas y me los dejas libres.

CABO.- ¿Las dos orejas?

PANCHO.- ¿Eh? No, con una a cada uno basta. Ahora pon atención. Me los encaminas a la montaña, para que no se pierdan, y puedan encontrar su campamento, pero antes, (Recalcando) los paseas por todas las instalaciones militares del pueblo, pero como si porque estuvieran en el camino, ¿me entiendes?

CABO.- Sí, sí. Le comprendo. Para que lo vayan a contar.

PANCHO.- Quiero que les cuenten a sus jefes que estamos bien fortificados.

CABO.- Sí, mi teniente.

PANCHO.- A ver, repítame las órdenes.

CABO.- ¿Las órdenes?

PANCHO.- Sí, repítelas. Son muy importantes.

CABO.- Pues que les debo cortar a estos prisioneros...

PANCHO.- ¡No, burro! A estos dos solamente. Ya te diré lo que harás con estos otros.

CABO.- A estos dos, que debo cortarles a cada uno una oreja, pasearlos por las instalaciones... ¿Las del Cerro también?

PANCHO.- No, esas no. Sólo las que más o menos te queden por el camino, para que no se den cuenta de que lo hacemos a propósito.

CABO.- Pasearlos por las instalaciones, y luego soltarlos en el camino a la montaña.

PANCHO.- Exacto. Si ves que en el camino mister Williams, o éste, (Por el Prisionero nicaragüense) les quieren decir algo, cualquier cosa, les das un tiro ahí mismo.

CABO.- Sí, mi teniente. Pierda cuidado.

PANCHO.- A mister Williams me lo encierras en el sótano de su casa. ¿Sabes cuál es?

CABO.- Claro que sí, mi teniente. Esta de madera que está aquí a la vuelta. (Señala a la izquierda) Siempre es la más bonita del pueblo.

PANCHO.- Bueno, me lo encierras en el sótano. Ten, toma las llaves.

(Las descuelga de algún sitio bien visible. Es un llavero grande) ~~Para~~

MUJER DE PANCHO.- !Emiliano, anda corriendo a avisarle al doctor que venga en seguida!

PANCHO.- ¿Qué pasa?

MUJER DE PANCHO.- María, que se ha puesto mala de pronto. -!Vaya corriendo, hijo! (Emiliano sale rápidamente)

PANCHO.- Ah, ésa. (La Mujer de Pancho se vuelve a meter. Al Cabo) -Les quitas antes los zapatos y se los das a esos universitarios. Quizás les queden bien.

CABO.- Sí, mi teniente.

(Mutis de todos menos Pancho. Inmediatamente salen por la puerta de la cocina la Mujer de Pancho, Margarita y la Criada. Van ayudando a a María. Se dirigen a la puerta del lateral derecho. Pancho les da la espalda friamente y sale por el pasillo. Cae el

TELON

SEGUNDO ACTO

Mismo escenario, unas seis horas más tarde. Afuera ha anochecido ya.

(Al subir el telón se ve a Pablo por ahí, visiblemente nervioso. Después de un rato se asoma la Criada por la puerta del lateral derecho, de la que tan pendiente está Pablo)

CRIADA.- Dile a Margarita que se apure, Pablo. (Vuelve a meterse cerrando la puerta)

PABLO.- (Va a la puerta de la cocina y desde ella dice) Que te apures, Margarita.

MARGARITA.- (Su voz) Sí. Sí. Ya está.

(Sale la Viuda por la puerta del lateral derecho y atraviesa la escena rumbo a la cocina)

VIUDA.- No sé qué le pasa a esta muchacha. -!Margarita!

(Margarita sale de la cocina con una cacerola grande de agua)

MARGARITA.- Ya está, mamá. Es que no quería hervir.

PABLO.- (Quitándose la cacerola que debe pesar) A ver. Dame.

VIUDA.- Cuidado con derramarla. Cuidado. Si no fuera por mí, que tengo tanta experiencia en estas cosas, no sé qué hubieran hecho ustedes. Dame, que ustedes no pueden entrar.

MARGARITA.- ¿Alguna otra cosa, mamá?

VIUDA.- No. No. Ya te diré. (Entra y cierra la puerta)

MARGARITA.- ¿Has visto cómo está mi mamá de cambiada? Parece mentira. Nunca la había visto así, tan activa. Parece otra persona. Ahora me doy cuenta de que lo que le faltaba era una ocupación... algo... cualquier cosa, para sentirse necesaria. Así debió ser antes. ¿No te has dado tú cuenta, Pablo?

PABLO.- Sí. Creo que sí. (Regresa rápidamente al pensamiento que lo obsesiona) Ya tiene horas de estar ahí, y todavía nada. Ni siquiera se quejan, como dicen que hacen.

MARGARITA.- A veces duran días, dicen.

PABLO.- Ya tiene más de seis horas de estar ahí. Y nadie dice nada.

MARGARITA.- ¿Qué quieres que digan? Ten paciencia.

PABLO.- Y ese doctor. ¿Cómo vas a creer tú que la examine esta tarde y no se dé cuenta?

MARGARITA.- Estas cosas son de un momento a otro. Así pasa muchas veces.

PABLO.- No sabe nada ese tipo. Te aseguro que no sabe ni una palabra de medicina.

MARGARITA.- ¿Qué dices?

PABLO.- Ese doctor, que no sabe nada. Puede hasta matar a María.

MARGARITA.- No digas eso del doctor. Sabe mucho. Ya ves lo que dicen de él.

PABLO.- Si sabe tanto, ¿por qué se ha venido a meter a un pueblo como éste? No sabe nada, te digo. ¿Tú crees que si fuera tan buen médico como dicen, no se hubiera ido hace tiempo a la capital?

MARGARITA.- (Alguna caricia) Anda, Pablo, cálmate. Ya te quiero ver el día que te cases y tengas un hijo.

PABLO.- ¡Si todo fuera normal! ¡Si estuviera casada María! ¡Si por lo menos ~~supiéramos~~ supiéramos quién es el hijae... el maldito ese...!

MARGARITA.- Sería lo mismo, Pablo. Exactamente lo mismo.

PABLO.- ~~¿Cómo dices eso, Margarita?~~ ¿Cómo puedes decir eso, Margarita? Ella piensa en él ahora. Ella está pensando en él, ahora mismo. Lo está mirando. Yo mismo, con algún esfuerzo, lo podría ver quizás... (Se restriega los ojos; había estado esforzándose)

MARGARITA.- No lo tomes así, Pablo. Ella no tiene culpa. Ya ves cómo tu papá y hasta Emiliano le guardan rencor. No seas tú como ellos.

PABLO.- No, si no le guardo rencor. Ni creas que se lo guarda el viejo. No está durmiendo, como dice. Lo vi cuando entré a buscar las sábanas. Estaba sentado, fumando. Ni siquiera se dió cuenta de que entré.

MARGARITA.- Pobrecito tu papá. Tántas cosas últimamente. La guerra, ese pobre hombre que mandó a matar... y ahora ~~lo~~ lo de María.

¿Por qué no te vas a hablarle?

PABLO.- No, no conviene. Me pegaría un grito. Ha prohibido que se hable de María. Milagro que no la botó de casa.

MARGARITA.- Tú lo quieres mucho, ¿verdad?

PABLO.- Es que nos parecemos. Somos muy parecidos, y yo sé todo lo que no dice. Es por eso que yo sé que él sufre... que vive... mucho. Cuando regresa a casa de noche, fumando. Cuando le da una palmada a su caballo. Cuando se va a acostar. Mamá también debe saberlo. Pero ellos no hablan de estas cosas. Ellos son así. Emiliano decía el otro día en la mesa que no eran un matrimonio normal. Yo creo que quizás tenga razón.

MARGARITA.- ¿Y tú también sufres, Pablo?

PABLO.- No. Sí. Es decir, no te lo podría decir.

MARGARITA.- Parece mentira, Pablo, que no me tengas confianza.

PABLO.- Sí te tengo confianza. No es eso. Fíjate todo lo que te he dicho ya. Lo que pasa es que... yo no sé hablar. A veces quisiera ser mudo del todo, y hablar por señas. Me explicaría mejor, quizás. (Pausa. Vuelve los ojos a Margarita con una mirada tal que hace evidéntísima la mudez a la que se refería) Ya ves.

(Entra Emiliano, todo sonreído, por la puerta principal)

EMILIANO.- Ya van a fusilar al vendepatria ese. (Pausa. A lo lejos, una descarga cerrada. Transición. Le han dado en toda el alma a Emiliano) Ya, se acabó. ¡No se dan cuenta! ¡No se dan cuenta, los muy imbéciles! (Un tiro aislado -el de gracia- a lo lejos) Si lo hubieran visto ustedes. Iba como si nada. Su último deseo fue orinar. No les cuesta morir, no tienen raíces aquí en la tierra. No pierden nada muriéndose. Pero no se dan cuenta. Anda explícales, anda a señalarles el verdadero frente de batalla y verás lo que te dicen. ¡Imbéciles! ¡Imbéciles!

MARGARITA.- ¡Shhh!, Emiliano. No dejes que te oigan hablar así.

EMILIANO.- Pero es que yo quiero saber qué es lo que van a sacar de toda esta matanza. ¿Por la patria? Patria es otra cosa. Ojalá que ganen, eso es lo que les deseo, para ver si entonces se dan ~~cu~~ cuenta.

MARGARITA.- Yo tampoco creo que sea cristiana derramar tanta sangre

pero dicen que después tendremos una vida más decente, el indio sobre todo. Que tendremos escuelas.

EMILIANO.- ¿Y qué van a ~~enseñar~~ enseñar en esas escuelas? Van a enseñarles a leer a los indios para que puedan leer esos libros escritos por los europeos. Van a leer novelas de europeos donde se pinta a la mujer y la vida europea. Y después de leer eso se van a ir a acostar con sus mujeres y la van a comparar, y ellos mismos se van a comparar con los protagonistas. Y odiarán a sus mujeres, y se odiarán a sí mismos. Ya me ~~imagino~~ lo imagino yo: dos indios leen una de esas novelas, cada uno por su parte, en su cama, de noche. Y un día se sorprenden leyendo y se ven a los ojos. Se les va a caer la cara de vergüenza. Tú verás. Quiero que ganen para que se den cuenta. Entonces van a querer empezar de nuevo, pero ya va a ser muy tarde.

PABLO.- Déjate de estar haciendo tanta bulla, tú. Hay que ser desconsiderado para estar hablando de tonterías, mientras está María ahí.

EMILIANO.- (Buenos sentimientos) ¿Qué? ¿Todavía sigue eso?

MARGARITA.- Sí.

EMILIANO.- Bueno, hay veces que...

PABLO.- (Rudo) Sí, hay veces que duran días. Ya se sabe.

EMILIANO.- Bueno, pero, ¿qué te pasa a ti?

MARGARITA.- Déjalo, Emiliano. Está muy nervioso. Todos estamos muy nerviosos estos días.

EMILIANO.- ¿Todavía sin novedad?

MARGARITA.- Ni siquiera se ha quejado todavía.

EMILIANO.- Ni se quejará. María es muy valiente para estas cosas. Así es el indio.

MARGARITA.- No la llares india, Emiliano. Es tu propia hermana.

EMILIANO.- No. Si no lo digo en sentido peyorativo... quiero decir, no lo digo por insultarla. Además, yo me considero indio también, claro. (Sonriéndose) Porque es lo que somos, Margarita.

MARGARITA.- Pero no hay necesidad de andarlo diciendo.

EMILIANO.- ¿Y para qué vamos a callarlo?

MARGARITA.- No sé. Está feo decirlo.

EMILIANO.- Lo único que yo decía es que el indio es muy reservado. No

se queja nunca. No habla.

MARGARITA.- Eso sí, no habla. Ya ves cómo, María mismo...

EMILIANO.- Tiene su motivo. No lo de María, lo del indio. No habla porque no sabe cómo. El idioma que usa, el español, no le queda bien en la boca... no tiene ciertas palabras que él necesitaría.

MARGARITA.- (Mirando a Pablo, que está de espaldas) Sí. Eso es. Eso es, Emiliano. Yo también lo creo así.

EMILIANO.- ¡Vaya! La primera persona inteligente que me encuentre en el pueblo. Pues anda explícale al capitán que lo que tienen que conquistar primero es un idioma y verás lo que te dice. ¡Claro, eso no se conquista a punta de machete! Y no te comprenderán. Al indio hay que darle tierra, patria, dicen. Y creen que tierra, que patria, es eso donde ~~para~~ pasta el ganado.

MARGARITA.- Entonces tú no eres indio, Emiliano. Tú hablas muy bien. No eres como nosotros.

EMILIANO.- Se puede decir que hay dos Emilianos, Margarita. Uno de ellos... pues sí, habla bien. Ha ido a la universidad, ya casi es arquitecto, prepara, preparaba, más ~~xx~~ bien, una tesis sobre la arquitectura griega, ha leído libros... Pero hay otro... que todavía vive. El que te interesa a ti conocer, por cierto. Ese, no. No habla. No puede. Es como Pablo. Yo lucho por él, aunque me cueste la vida... la del otro. Es una especie de suicidio, porque el que lucha es el que dices que habla bien. Y ya en esto mismo deberían ver la trágica situación del indio, que no sabe ni defenderse, que está contento ahí, revolcándose en el lodo. Pero hablo tonterías.

(Entra el Capitán. Ha oído la última parte de lo que decía Emiliano)

CAPITAN.- Buenas noches.

MARGARITA y EMILIANO.- Buenas noches.

CAPITAN.- Sí, sí. Habla tonterías. El indio no está contento revolcándose en el lodo. Eso creo que lo hemos dejado bien claro con nuestra guerra.

EMILIANO.- Lo que yo quería decir, capitán, es que todas las veces que los escritores han perorado sobre el indio, lo han hecho desde

el punto de vista europeo. Y desde ese punto de vista no se verán nunca las verdaderas necesidades del indio. Es el ~~indio~~ indio mismo el que tiene que hablar. Hay que enseñarle a hablar, pues. No. Hay que enseñarle a que aprenda a hablar, a ser.

CAPITAN.- (Dándose palmaditas cariñosas en la pistola) El indio ya habla, amigo. Y su aliento huele a pólvora. Pregúntale aquí a su hermano si sabe o no hablar. Yo lo oí el día que tomamos el pueblo. -¿Eh, amigo? (Pablo vuelve a ver a Margarita. No contesta)

EMILIANO.- ¡No! ¡Que no! ¡Que no es eso!

CAPITAN.- (Perdiendo la paciencia pero ~~india~~ todavía sonriendo) Bueno, no esté perorando, como usted mismo dice, y hágame el favor de llamar a su padre.

EMILIANO.- (A Margarita) ¿Ves? -Sí, señor. En seguida.

MARGARITA.- Está en su cuarto. (Mutis de Emiliano por el pasillo)

(Pablo va hacia Margarita y se la lleva al comedor)

PABLO.- Con su permiso, capitán.

CAPITAN.- Sí, sí.

(Después de un rato, que distrajo el Capitán examinando el diploma, etc... entran Pancho y Emiliano)

CAPITAN.- Buenas ~~noches~~ noches, teniente. Vengo a pedirle disculpas.

PANCHO.- Buenas noches, capitán. Tome usted asiento.

CAPITAN.- No, así estoy bien, gracias. (Busca cómo comenzar el discurso, no ~~se~~ puede y lo disimula sentándose después de todo).

PANCHO.- ¿Quiere tomarse una taza de café?

CAPITAN.- No, gracias. ~~Vine~~ Vine sólo a pedirle disculpas por lo de esta tarde.

PANCHO.- No se preocupe. No tiene importancia.

CAPITAN.- No había comprendido su juego. Muy inteligente, muy estratégico, don Francisco. Lo felicito.

PANCHO.- No tiene importancia.

CAPITAN.- ¿No tiene importancia, dice? Pues son jugadas como ésas las que hacen a un buen oficial. No comprendí su juego al principio. Pen-

sé que no los quería fusilar porque le dieron lástima. Después me contó el cabo su orden de pasearlos por las instalaciones militares ~~antes~~ antes de soltarlos, para que se lo cuenten a sus jefes, lo que han ~~visto~~ visto, y no se atrevan a atacar. ¿En?

PANCHO.- Sí. Por lo menos si se va usted.

CAPITAN.- ¡Magnífico juego! ¡Magnífico! Sí, me voy. Ha llegado ya la orden. Pero no creo que corran ustedes peligro con esa idea de usted. De todos modos le dejaré los hombres que le prometí. Pero pueden ustedes estar tranquilos. Ya saben, si los atacan, que es un simulacro, con el fin de entretener nuestras fuerzas aquí. ¡Si supieran! ¡Magnífica jugada! ¡Magnífica! ¡Duro con los que le manden, don Francisco! ¡Duro! Serán cuatro chichipates nada más.

PANCHO.- No se preocupe.

CAPITAN.- No olvide usted la importancia estratégica de este pueblo...

PANCHO.- Sí. Y hay una ~~cosa~~ cosa que quería decirle, sobre nuestra situación...

CAPITAN.- De eso le hablo, precisamente, de la situación estratégica de este pueblo.

PANCHO.- No. Lo que quiero decir es nuestra situación... interna. Estas dos semanas de ocupación han agotado todos los granos, y el hambre cundirá dentro de poco.

CAPITAN.- Sí. Ya me había dado cuenta.

PANCHO.- Yo quería decirle que pienso poner a esos hombres que me dejaré a trabajar el campo.

CAPITAN.- ¡Magnífico! ¡Magnífico! Es la gran solución. Yo comprendo, don Francisco, los grandes sacrificios que tenemos que hacer en aras de esa libertad a la que aspiramos. Me alegro que también usted ~~lo~~ lo vea así. Ha habido muchos pueblos que no lo han podido comprender. Nos llaman langostas, plaga, y no sé cuántas cosas más. Son los malos patriotas. Me alegro de haberlo encontrado a usted en este pueblo. Ya sabe lo que para nosotros significa. Es el puente entre nosotros y la Segovia.

PANCHO.- Le dije ya que se podía ir tranquilo, capitán. No me quitarán mi ~~pueblo~~ pueblo.

CAPITAN.- Con que logre mantener la plaza por un corto tiempo. Estoy

seguro que mi general destinará una guarnición permanente la semana entrante. O esta misma semana, quizás.

PANCHO.- Y ustedes, ¿cuándo se van?

CAPITAN.- De aquí a una hora estaremos fuera. Tengo a mis hombres bien adiestrados en abandonar el campo rápidamente. Quiero que me acompañe para presentarlo oficialmente a los hombres que dejaré.

PANCHO.- Bueno.

CAPITAN.- Debo advertirle que ya los tiene muy bien impresionados con el fusilamiento del vendepatria.

PANCHO.- (Sin darle importancia) Ah, eso...

CAPITAN.- (Intentan ambos el mutis) Es que nos había desconcertado un poco con su primera actuación. Así, de golpe, no vimos su juego, y eso de perdonar a los yanquis y matar a uno de los nuestros... Ah, por cierto, don Francisco, no me ha dicho todavía lo que piensa hacer con el antiguo patrón... Mister Williams, creo que se llama.

PANCHO.- Ya está pagando. No se preocupe por él. Lo tengo a dieta de campesino. -Quiero ver hasta dónde va a resistir.

CAPITAN.- ¡Muy bien! ¡Muy bien! Sin embargo yo creo que sería mejor matarlo de una vez, por si las moscas, ¿sabe usted? Y esto de ~~alimentar~~ alimentar víboras con la situación mala...

VIUDA.- (Acomodándose por la puerta) ¡Margarita, trae más agua! (Al no verla) ¡Margarita!

CAPITAN

~~EMILIANO~~ EMILIANO.- Ah, se me olvidaba, don Francisco. Supe que su hija había comenzado a dar a luz. ¿Está bien?

PANCHO.- (Se interesa profundamente por un momento en su hija, mirando a la Viuda, pero se empuja fuera del interés) Vamos, capitán, vamos. Aquí ~~no~~ no pasa nada. (Salen)

VIUDA.- ¡Margarita!

EMILIANO.- ¿Qué quiere que le traiga, señora, el agua?

VIUDA.- Sí. Ve a traerla, Emiliano.

MARGARITA.- (Entrando por el comedor) Sí, mamá, ya va.

VIUDA.- Trae más agua. Y no te vuelvas a separar de la puerta. (Se vuelve a meter cerrando la puerta)

(Margarita va a la cocina, inmediatamente sa-

le de nuevo y va a la puerta del lateral derecho, desde la cual dice, sin abrirla)

MARGARITA.- No ha hervido, mamá. No ha hervido. (Espera una contestación que no le llega)

(Pablo entra por la puerta del comedor y va hacia Margarita, pero al verla acompañada de Emiliano se arrepiente y sale por la cocina)

MARGARITA.- ¡Cómo quisiera que pasara ya esta noche! Que pasara ya todo esto y que volvieran a ser las cosas como antes. Como cuando éramos niños, ¿recuerdas?

EMILIANO.- Sí, sería bonito.

VIUDA.- (Asomándose de nuevo) ¿Y hay, Margarita, qué pasó con el ~~agua~~ agua?

MARGARITA.- Es que no ha hervido, mamá.

VIUDA.- No importa, tráela de una vez. Y pon más. (Se mete)

(Margarita va a la cocina. Al rato vuelve a salir, con Pablo delante de ella, llevándole al agua. Margarita toca a la puerta, la Viuda abre y ~~ella~~ coge el agua)

MARGARITA.- Sí hirvió, mamá. Acaba de hervir ahora mismo.

(Pero la Viuda no alcanza a oírla porque ha vuelto a cerrar la puerta inmediatamente. Pablo se regresa a la cocina)

MARGARITA.- Gracias, Pablo. (Gesto de Pablo que no, sin darle la cara. Hace mutis)

EMILIANO.- ¡Qué chasco el del doctor! ¡Examinarla esta misma tarde y no haberse dado cuenta!

MARGARITA.- Eso es lo que dice Pablo. El ~~no~~ cree que sea buen médico.

EMILIANO.- ¿El doctor? Pablo es un tonto. El doctor es muy competente. En su profesión al menos.

MARGARITA.- Y siendo así tan bueno, como dices tú, ¿por qué no se ha establecido en la capital, o en algún pueblo más grande?

EMILIANO.- Ustedes no ~~conocen~~ conocen la capital.

MARGARITA.- ~~Yo sé que la conozco~~ Yo sí la conozco muy bien. He ido con mamá muchas veces.

EMILIANO.- Sí, pero no han vivido allí y no se han dado cuenta de una cosa. Aquello es un mundo diferente a éste. Allá se está muy cerca de la civilización. Al menos se vive con sus normas. Y esas normas pueden ser difíciles. Uno puede no encajar en ellas. Uno puede no ser aceptado.

MARGARITA.- ¿Tú crees que eso es lo que ~~le~~ le ha pasado al doctor? (Gesto de ignorancia de Emiliano) No creo. El doctor es muy civilizado, como dices tú. Siempre anda vestido de saco. Hasta cuando hace calor.

EMILIANO.- (Satírico) ¡Por mucho que el mono se vista de hombre, sigue siendo mono!

MARGARITA.- No digas eso. Está feo.

EMILIANO.- No lo digo por él. ~~¿~~ Sí, aquí se ve muy bien. Pero a lo mejor allá no.

MARGARITA.- ¿Pero por qué no? Allá todo el mundo viste así.

EMILIANO.- No hablemos de esto, Margarita. Por favor.

MARGARITA.- Todo el mundo está cansado con tanta cosa, tantas preocupaciones.

EMILIANO.- Y todavía falta la grande. Ya verás. Espera a que empiece el hambre para ~~que~~ para que veas cómo se van a poner las cosas. Y ése será sólo el principio. ¿Qué diablos va a hacer esta gente con el ingenio de mister Williams? Lo único que van a lograr es echar a perder toda la maquinaria. Si es que no se mueren de hambre antes, si es que no nos morimos todos. Pobres inocentes. Ven que al patrón le va muy bien con sus cañaverales y dicen: "Si la tierra les da azucar a ellos, ¿por qué no a nosotros?" No se dan cuenta de que hay que cultivar la tierra para eso, que hay que ganársela antes. En el fondo de toda esta revolución lo único que hay es la pereza del indio.

MARGARITA.- ¿Qué piensas hacer cuando termine?

EMILIANO.- No lo sé todavía. Es decir... no, no lo sé.

MARGARITA.- ¿Regresarás a la capital, no es cierto?

EMILIANO.- No, allí no. No quiero regresar más nunca. Hasta dentro de unos doscientos años, quizás, si todo sale bien.

MARGARITA.- ¿Pero por qué? Tienes que terminar tu carrera, establecer-

te allí. Tú no naciste para trabajar el campo.

EMILIANO.- (Satírico) Tienes muchas ganas de vivir en la capital, ¿eh, Margarita? Porque sabes que te casarás conmigo.

MARGARITA.- Yo no nací para vivir en la capital, Emiliano. Ahí las mujeres son muy bonitas. Deberías escoger entre ellas.

EMILIANO.- (Satírico, cruel) Sí, desentonarías, desde luego. (La mira, sonriéndose con burla) Ahí nadie usa trenzas, ¿sabes?

MARGARITA.- ¿Qué te pasa, Emiliano? A veces ~~eres~~ eres de una forma, y otras, tan distinto. Esta misma tarde, por ejemplo. Te burlas de mí como si fuera yo... no sé.

EMILIANO.- (Le quita la cara. Con profundo sentimiento) No debí haber ido a estudiar, Margarita. No debí haber salido nunca de mi pueblo. Las cosas serían como antes. Ahora veo las cosas diferentemente y no como yo quiero, no como antes. Me han puesto anteojos y con ellos veo las cosas de aquí, del campo, a mi mamá, a mi mamá, a mí mismo... las veo distinto. Ya no como antes. Tengo otras medidas, otros valores, otros ojos. Es por eso por lo que no me llevo bien con mi familia. Mi grotesca, mi fea, mi ridícula familia.

MARGARITA.- Pues quítate esos anteojos que dices. Lávate los ojos, las cosas aquí...

EMILIANO.- No he dicho anteojos. He dicho alma. ¿Quieres que me la quite? Esa va a resultar ser la única solución.

MARGARITA.- No por mí, Emiliano, porque supongo que me verás de la misma manera, pero por tu familia. Todos te quieren mucho.

EMILIANO.- (Mirándola) Sí, Margarita, también a ti.

MARGARITA.- ¿También a mí me ves grotesca, ridícula, y... y... ?

EMILIANO.- Y fea. ¿Yo qué culpa tengo si no has sido nunca la amante de unos de esos grandes maestros? Ellos son los que educan el gusto de uno. ¿Qué culpa tengo yo si eres fea? ¡Y grotesca! ¡Y fea! ¡Horrible! ¡Cómica! ¡Ridícula!

(Pablo entra. Se conoce que había estado espiando)

PABLO.- Oye, ¿qué te pasa a ti? ¿Te has vuelto loco?

EMILIANO.- No te metas en lo que no te importa. Este asunto es entre ella y yo... ¿Y desde cuándo andas tú espiando a la gente?

PABLO.- ¡Pídele perdón por lo que acabas de decir, bestia! ¡Pídele perdón o te machaco la cabeza!

(Margarita, llorando, a ido a parar a los brazos de Pablo)

EMILIANO.- Ah, váyanse a comer caca. Tú y tu ridículo bigote. (Sale por la puerta principal doblando hacia la derecha)

PABLO.- No le hagas caso, Margarita. Ese tipo está loco. Yo no sé cómo tú te puedes haber fijado en él, tan ~~patán~~ patán.

MARGARITA.- El antes no era así, Pablo.

PABLO.- ¿Y tú crees que sólo porque ahora es universitario tiene derecho a venir a maltratar a la gente? Es un patán, te digo.

MARGARITA.- Es que allá se aprenden muchas cosas, como dice él. En la universidad. Distinguen lo bonito de lo... feo. De lo ridículo. Tú lo oíste.

PABLO.- ¿Pero qué tiene que ver eso contigo?

MARGARITA.- No sé. Mis trenzas. Mi cara. Mi manera de ser. No sé.

PABLO.- ¿Tus trenzas? ¿Qué timen de malo tus trenzas? Son... muy bonitas. Yo recuerdo que una vez María te las cortó. Estaban jugando a barberos... ¿Recuerdas? Yo creo que x te las cortó de envidia.

MARGARITA.- (Casi sonriéndose) Eramos niñas.

PABLO.- ~~W~~ (Alegre al ver que Margarita se ha recuperado) Así me gusta verte, alegre, bonita. No le áreas a ese ~~tipxxxxx~~ tipo. Eres... la muchacha más bonita del puéblo. Tú sabes eso. Te eligieron una vez reina del carnaval.

MARGARITA.- Del pueblo, sí. Pero Emiliano conoce a las muchachas de la capital. Y él me compara, y sabe lo que dice, y cómo deben ~~ser~~ ser las mujeres. Es muy culto Emiliano, Pablo.

PABLO.- No le hagas caso a ese patán. Eres... la más hermosa de las mujeres.

(Emiliano aparece por la puerta principal, riéndose a carcajada suelta. Lo ha oído todo)

EMILIANO.- ¡Ja, ja, ja...! ¡La más hermosa de las mujeres! ¡Eso sí que está bueno! -¡Qué imbécil eres, hermano! -¡No te dejes engañar, tonta, eres fea! ¡Fea! ¡India! ¡Mona grasosa! ¡Ja, ja, ja...!

(Margarita, atochornada, sale corriendo por el pasillo. Pablo la sigue, como para ir a consolarla, pero entonces se abre la puerta del lateral derecho y se asoma la Viuda)

VIUDA.- Margarita, tráeme... (Ve que no está) -Pablo, tráeme esas toallas que están en el comedor.

PABLO.- En seguida, señora. (Sale. La Viuda vuelve a cerrar. Regresa con las toallas, golpea en la puerta y las entrega)

EMILIANO.- (Don dolor) Déjame que te explique, Pablo.

PABLO.- No me vuelvas a dirigir la palabra, si no quieres que te machaque la cabeza.

EMILIANO.- En realidad yo quiero a Margarita. Se lo he dicho muchas veces. Pero eso no quita para que yo le diga la verdad.

PABLO.- Tú sabes mucho. Eres un sabio, sólo porque te has pasado cinco años emborrachándote en la capital.

EMILIANO.- Estamos en un aprieto, Pablo, y ella no lo sabe. Nadie parece saberlo. Y es necesario que nos demos cuenta. Hoy más que nunca es necesaria. Mira, conocí a un muchacho en la capital. El era blanco, ¿sabes?, de origen alemán. Una vez le fue mal en un asunto, y eso lo puso muy triste. Yo lo sé porque era muy amigo mío. Esa noche no durmió, se fue a caminar por las calles o qué sé yo. Yo me lo encontré por casualidad a la madrugada. Venía de casa de un amigo, de estudiar...

PABLO.- ¡De estudiar...!

EMILIANO.- ¡Bueno, de emborracharme, como quieras! Y me lo encontré al amanecer sentado en un banco frente al malecón, viendo el amanecer, y tenía la cabeza inclinada, así, de manera que parecía que la tuviera recostada en algún hombro. Pero no había nadie allí. Solamente amanecía. Era una aurora hermosísima, un amanecer rubio, respirando ~~frases~~ despacio un viento fresco, un aliento puro, casi divino. El era blanco, claro. Yo no dije nada. No me vieron. Pero me vi mis manos (Viéndoselas) negras, feas, y me di cuenta de que aquello todo no era para mí, aunque espiritualmente lo necesitaba. Ellos mismos me enseñaron a necesitarlo, en la universidad, en los libros. Yo no dije nada, como te digo. Después lo vi a él, a la hora del almuerzo. Comíamos en la

misma pensión. Estaba tan bien como siempre. Completamente consolado. Ahora bien, Pablo, cuando a mí me vaya mal en algún asunto, ¿quién me va a consolar? O cuando a ti, o a Margarita. Es un problema colectivo, de toda una raza. ¿Comprendes ahora? Si yo no digo que esta tierra no es nuestra, yo lo que quiero decir es que el mundo entero no lo es, el mundo espiritual, claro, porque es ése en el que se vive. Y somos mal vistos allí, porque somos indios, feos, desproporcionados. Espiritualmente, claro. Y físicamente también, pero eso no es tan importante. No, no, sí lo es, claro que lo es. El caso es que no respondemos a esas medidas. A mí me duele decírselo a Margarita, porque la quiero, la quiero querer con todo el corazón. Pero se me resiste. Por eso yo no quería que el hijo de María fuera así, como nosotros, por eso le abrí la puerta a mister Williams aquella noche, para que ese muchacho sea blanco, pero a carta cabal, en cuerpo y alma, y cuando le vaya mal en algún asunto... en fin, para que pertenezca y pueda recostar su hombro... su cabeza, quiero decir...

PABLO.- (Desde que oyó la monstruosidad se le crisparon las manos) ¡Qué hombro ni que hombro! ¿Qué fue lo que dijiste de María?

EMILIANO.- Estamos en un aprieto. Ustedes no se dan cuenta del aprieto en que estamos.

PABLO.- ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Háblame de lo de María!

EMILIANO.- Ahora mismo, en Europa, se está en un punto donde podríamos encajar nosotros. Nunca estaremos más cerca de ellos que ahora. Una serie de coincidencias en arte, en religión, en todo. Aun hay un abismo, pero franqueable. Es la gran oportunidad. Con un poco de esfuerzo y de ~~talento~~ talento, pero del verdadero esfuerzo, del verdadero talento, no de la fuerza ~~g~~ bruta ni del talento militar de papá...

PABLO.- ¡No! ¡Háblame sobre ~~el~~ lo de María, o te machaco el cráneo ahora mismo!

EMILIANO.- ¡Si es sobre eso de lo que te estoy hablando! Yo antes creía que sólo a través del mestisaje, que sólo cruzándonos, hasta perder todos nuestros rasgos, los físicos y los no físicos, es que ~~podría~~ podríamos entrar en ese mundo, del que ya nos llaman, Pablo, donde incluso nos necesitan. ¿Entiendes? A mí me ofrecieron una beca para Paris

pero no la quise. Porque si vamos a ir allá, no quiero que sea como extranjeros, para que nos avergüensen, para que nos humillen. Ahora comprendo, lo comprendo, sí, intelectualmente. Pero esto de comprender no tiene mucho valor. Hay que sentirlo. Y yo, Pablo, sentimentalmente, después de aquello... no puedo... no puedo, aunque quiero y comprendo... Oh, Pablo, yo sé que hablo torpemente, que no me expreso con claridad, como quisiera. Es que es el indio el que está hablando. Comprende sólo que estamos en un aprieto, como si... (Pablo le da un golpe imprevisto en la nuca y lo derriba)

PABLO.- No. Cuéntame eso, de que le abriste la puerta.

EMILIANO.- (Levantándose) El año pasado. Durante mis vacaciones. !Pablo, ~~y~~ yo creía en ese tiempo que sólo a través del ~~mestizaje~~ mestisaje... Ahora sé que estaba ~~y~~ equivocado. ~~(Pablo lo toma en brazos) ¡Pablo!~~ Una noche le abrí la puerta. Tú y papá ~~ya~~ habían salido del pueblo. Ya sabes cómo duerme mamá. De todos modos se quitó los zapatos. Los dejó ahí, luego entró, me supongo...

(Pablo había seguido con los ojos el trayecto que mister Williams hiciera. Cuando llega a la puerta, ésta se abre lentamente y por primera vez se oye un gemido largo, casi un grito, de María. Alguien vuelve a cerrar la puerta desde ~~un~~ adentro)

PABLO.- Ella lo está mirando ahora. Y a ti también, te está mirando. Y yo también, Emiliano. Eso, ahí, eres tú. Por fin te puedo ver.

EMILIANO.- Esos gritos son normales. Incluso creo que hasta hacen bien.

PABLO.- (Empujándolo) ~~hazlo afuera~~ Ven, vamos afuera.

EMILIANO.- ¿Pero para qué?

PABLO.- Ven para afuera, te digo.

EMILIANO.- ¿Qué te pasa, Pablo? Te he dicho que sé que hicé mal.

PABLO.- !Ven! Vamos afuera.

(Una vez afuera se les ve pasar por una de las ventanas y detenerse. Sólo se puede ver a Pablo. Este levanta el puño y lo deja caer. pesadamente varias veces donde se supone está

la cara de Emiliano. Emiliano cae a los pies de Pablo, y éste, agarrándose del pretil de la ventana con ambas manos, lo pateo salvajemente. Emiliano no emite sonido)

VIUDA.- (Asomándose) Margarita... (Ve a Pablo, pero no sospecha) Pablo, ven. Anda tráeme la maleta donde ~~est~~ está la ropita.

(Pablo obedece y sale por el pasillo. La Viuda se mete, cerrando la puerta. Entra Emiliano sangrando por la boca y todo maltratado. Se limpia la sangre con la manga de la camisa. Al rato vuelve a aparecer Pablo con la maleta. Toca a la puerta y ~~la~~ entrega)

PABLO.- Yo había jurado matar al culpable. A ti no te voy a matar, porque papá se encargará de ti cuando lo sepa, pero ese yanqui no se va a quedar así. (Va a la pared y descuelga la escopeta. Emiliano corre y se la arrebató)

EMILIANO.- ¿Qué vas a hacer, animal? ¿No ves que papá ~~puso~~ puso un guarida a la puerta? Además, va a ser el padre del hijo de María.

(Pablo se deja quitar la escopeta y no hace nada por recuperarla. Saca un cigarrillo y lo enciende, y se queda mirando el fósforo)

PABLO.- No importa. (Sale)

EMILIANO.- ¿A dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

(Cuando Pablo va por la ventana se oye un llanto de recién nacido)

EMILIANO.- ¿Oyes? ¡Ya nació! ~~¡Pablo!~~ ¡Pablo, Pablo! ¡Ya nació!

(Pablo se ha detenido un momento a oír el lloro, pero luego sigue, impertérrito. Sale la Criada por la puerta del lateral derecho y cruza la escena, rumbo a la cocina)

EMILIANO.- ¿Yá nació? ¿Qué es? ¿Varón o mujer?

CRIADA.- Es una mujercita. Linda como un sol. Y blanca. Parece que va a ser rubia.

EMILIANO.- ¿Sí? ¿Como un sol, dices? ¿Y rubia? -¿Oíste eso, Pablo?

¡Como un sol! ¡Como un sol! (Ve que Pablo ya se ha marchado) ¡Pablo!

!Pablo! ¿Qué vas a hacer, animal?

(Corre tras él, pero se regresa. Descuelga el llavero de la prisión de mister Williams y sale disparado por la puerta principal doblando hacia la izquierda, en la dirección de Pablo, pero se arrepiente y dobla rápidamente hacia la derecha. Cae el

TELON

TERCER ACTO

Más adentro en la noche. Mismo lugar.

(Entra Emiliano por la puerta principal, despacio. Entra la Mujer de Pancho por la puerta de la derecha. También ella viene cansada, agotada por tanto acontecimiento)

MUJER DE PANCHO.- ¡Hijo! (Lo abraza y llora)

EMILIANO.- Ya, mamá, ya. Todo ha salido bien, ¿verdad?

MUJER DE PANCHO.- ¿No ha llegado tu padre?

EMILIANO.- No, mamá.

MUJER DE PANCHO.- ¿Dónde estará? ¡Es su hija, después de todo!

EMILIANO.- Salió con el capitán, hace ya tiempo. Parece que fue a encaminarlos, porque ya se fueron, los soldados.

MUJER DE PANCHO.- ¡A mí ya qué me importa eso! Es una niña, Emiliano. Y blanca, y... y...

EMILIANO.- Sí, mamá. Ya me lo dijo Enriqueta. Pero no se ponga así.

MUJER DE PANCHO.- Es por tu padre, hijo. Yo no sé qué va a pasar cuando se entere de que el padre de la niña es mister Williams.

EMILIANO.- Pues no se lo diga usted, mamá. Además, que a lo mejor no lo es. Sólo porque la niña es blanca y rubia...

MUJER DE PANCHO.- ¿Y quién más hay así en el pueblo? Y aunque lo hubiera, lo dijo ella.

EMILIANO.- ¿Lo dijo ella?

MUJER DE PANCHO.- Se le salió, en un gemido. Abrió los ojos, como si lo estuviera viendo. Fue la única vez que gimió. -¡Virgen santísima! ¿Qué hemos hecho nosotros? ¿Qué hemos hecho nosotros para merecernos esto? La criaturita esa será la que lo pagará todo. ¿Y qué culpa tiene ese angelito...?

EMILIANO.- Rubio. Como los de la Virgen, mamá.

MUJER DE PANCHO.- ¡Dios mío!

EMILIANO.- No se ponga así, mamá. Vaya a acostarse un rato. Descanse, duérmase un rato.

(La Mujer de Pancho sale por el pasillo. Emi-

lianø la vex marcharse hasta perderla de vista, luego va hacia el Doctor que acababa de salir por la puerta de la derecha. Al poco rato, y sin que se apercibieran de ello ni el Doctor ni Emiliano, vuelve a entrar la Mujer de Panchø y cae de rodillas frente a la imagen de la Virgen, fuera del radio de visión de Emiliano y el Doctor. Solamente había ido a traer una vela que ahora le pone a la Virgen rezándole con honda devoción)

DOCTOR.- ¿Le dijero ya, Emiliano? (Gesto afirmativo de Emiliano) ¿Dónde está Pablo? ¿No era él el que estaba tan ansioso?

EMILIANO.- Es un loco. Dice Enriqueta que es linda, como un sol, y blanca. Y que va a ser rubia. ¿Es verdad, doctor?

DOCTOR.- Eso no se puede saber todavía. Los niños recién nacidos cambian mucho de un día a otro.

EMILIANO.- Sí, pero...

DOCTOR.- Sin embargo, es evidente que el padre de la niña es el patrón. Por lo demás, ella misma lo ha dicho. (Interpretando mal la sonrisa de Emiliano) Comprendo su alegría de saber que todo ha terminado ya, de la mejor manera. María duerme ahora. Pero no hay por qué tener cuidado. Es una muchacha muy sana. Y la niña también está magníficamente.

EMILIANO.- ¡Y rubia! ¿Se da usted cuenta de lo que eso significa? Yo también estaba muy nervioso. Pensaba que podía el niño, la niña es decir, que podía salir parecida a María, o a cualquiera de nosotros.

DOCTOR.- ¿María le había dicho, entonces, que era mister Williams...?

EMILIANO.- (Su alegría interior le impide oír bien) ¿Cómo? Ah, sí, sí. ¿No se acuerda usted de todo lo que hemos hablado? Es blanca. En cuerpo y alma, porque seguramente la educará mister Williams. Y aunque no la eduque él. Al fin y al cabo toda la educación que existe es ~~blanca~~ blanca. Ella pertenecerá. Pertenecerá. El mundo y ella... usted sabe, todo lo que le he dicho ya.

DOCTOR.- ¿Es éste el camino cultural del que hablaba usted?

EMILIANO.-No. No. Eso lo he pensado después. Es el verdadero camino

probablemente. Pero, sentimentalmente, al menos para mí, es éste. Intellectualmente comprendo que la solución es la de cambiar esa cultura, darle razgos nuestros. Pero, sentimentalmente, doctor... me repugna hasta el pensar traerla aquí, cambiarla. Moriría antes de que le cambiaran un pelo.

DOCTOR.- ¿De qué está hablando usted?

EMILIANO.- Ya se lo he explicado, doctor, muchas veces. María es hermana mía, yo la quiero, y, claro, pensé sólo en el camino sentimental. Además, en ese tiempo ~~era~~ todavía no había visto el otro. Por eso todo lo planeo yo, para esto. Trece días después de la menstruación. Le hablé a mister Williams. El no sabía para qué, claro. Es decir, lo del niño. Bueno, la niña.

DOCTOR.- ¡Baje usted la voz, que lo van a oír! (Busca a su alrededor con la mirada. No puede ver a la Mujer de Pancho que ha dejado ~~ese~~ caer el rostro sobre las manos, no se sabe si por la oración o porque ha oído) ¡Usted no ha hecho esa cochinada, Emiliano!

EMILIANO.- ¡Le estoy diciendo que yo lo planeo todo! Le abrí la puerta aquella noche. Espié la ropa sucia de María. Trece días después de la regla, como usted mismo me dijo. No me importa decírselo. Ya lo sabe Pablo.

DOCTOR.- ¿Pablo? ¿Tiene algo que ver Pablo con esta infamia?

EMILIANO.- ¡Que no! ¿Por qué no me entiende? Yo se lo dije a él, pero ahora mismo, hace un rato. Me pegó. El no puede comprender. Pero usted sí me comprenderá, doctor. Le he hablado ya mucho sobre esto.

DOCTOR.- (Con un gesto de asco) ¿Y María?

EMILIANO.- Ella sabe que fue a través de mí, que fui yo el que dejé entrar a mister Williams. Yo la quise convencer después. Pero usted ~~se~~ sabe cómo es ella. No me quiso oír, ni hablar. Ella andaba enamorada de ese hijo del panadero. Si no hubiera sido por mí, esa niña sería india. (Pausa. El Doctor lo mira) ¿Pero no se acuerda de todo lo que hemos hablado? ¿Lo que le decía...? No era literatura. Y si lo es, a mí me está matando.

(La Mujer de Pancho lo ha oído todo. Se levanta y va lentamente hacia Emiliano. Va calma,

aparentemente. Es preciso recordar que no se puede saber lo que van a hacer los que tienen sangre india hasta el ~~momento~~ justo momento en que comienzan a hacerlo)

MUJER DE PANCHO.- ¡Puerco! ¡Marrano! ¡Te voy a matar...! (El Doctor la contiene a viva fuerza)

DOCTOR.- No le crea lo que ha dicho, doña Cæmencia.

MUJER DE PANCHO.- ¡Vete de aquí! ¡Agarra tus cuatro trapos y lárgate! ¡Lárgate antes de que lo sepa Pancho, porque si no, te mata. Y si no te mata él, te mataré yo. (Se esfuerza por ~~soltar~~ soltarse) ¡Largo! ¡He dicho que te largues de aquí!

EMILIANO.- ¡Déjeme que le explique, mamá, por favor!

MUJER DE PANCHO.- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Coge tus cuatro trapos y vete de aquí!

DOCTOR.- Haga caso, Emiliano. Váyase.

EMILIANO.- ¿Pero a dónde me voy a ir?

MUJER DE PANCHO.- ¡Donde te coman los perros el corazón, maldito!

EMILIANO.- De todas formas, váyase, antes de que venga su padre.

MUJER DE PANCHO.- Y mientras tanto, tu padre ~~luchaba~~ luchando contra los yanquis. Venirle a hacer eso a su propia hermana. Hay que tener el alma podrida. ¡Puerco! ¡Puerco!

(Entra la Criada corriendo por la puerta de la cocina)

CRIADA.- ¡Fuego! señora! ¡Fuego! ¡Han prendido la casa del patrón y está ardiendo todo!

MUJER DE PANCHO.- ¿Cómo? ¿La casa esta también? ¿Dónde?

CRIADA.- No, señora, la casa del patrón solamente, pero el viento viene para acá y se prenderá el cañaveral.

DOCTOR.- (Se asoma a la puerta a cerciorarse) Es cierto, señora. Conviene que nos vayamos de aquí. Sólo hay un cañaveral entre las dos casas, y cuando se prenda correrá el fuego hasta aquí.

MUJER DE PANCHO.- (También se asoma) Pero, ¿y María? ¿Y la niña? No las podemos mover, doctor.

DOCTOR.- La llevaré cargada yo. Venga. (Entran en el cuarto de María.

Inmediatamente sale la Viuda desesperada)

(La Criada ha salido por la puerta principal en dirección del fuego)

VIUDA.- (También se asoma a comprobar) ¿Dónde está Margarita? ¿Dónde está mi hija?

EMILIANO.- En su habitación, señora.

VIUDA.- ¡Líbrenos Dios, qué tragedia! ¡Todo al mismo tiempo! ¡Margarita! ¡Margarita, hija! (Sale llamando por el pasillo)

CRIADA.- (Entra otra vez) ¡Apúrese, señora, apúrense!

MUJER DE PANCHO.- (Su voz) ¡Enriqueta, ven para acá!

CRIADA.- ¡Apúrese, señora!

(La luz parpadea)

CRIADA.- (Da media vuelta) Voy a buscar una ~~lámpara~~ lámpara.

VIUDA.- (Entra por el pasillo seguida de su hija. Otra vez ~~maxx~~ neurótica, como al principio) ¡Corre, hija, tenemos que salir de aquí! ¡Está ardiendo el mundo!

(Sale el Doctor cargando a María y la Mujer de Pancho a la recién nacida. Por la puerta de la cocina entra la Criada con una lámpara)

MUJER DE PANCHO.- (Por la lámpara) ¡Deja eso ahí, necia, y ven a cargar a la niña!

MARGARITA.- La cargo yo, señora. (La Mujer de Pancho ayuda al Doctor)

MUJER DE PANCHO.- (A la Criada) ¡Deja eso ahí, he dicho, y vete a traer la maleta! (La Criada obedece) ¡Y trae otra frazada!

EMILIANO.- Mamá, ¿quiere que la ayude? (No le hace caso) -María, yo... (María le quita la cara)

VIUDA.- ¿Dónde vamos, doctor? ¿A mi casa?

DOCTOR.- No. A la mía, mejor. Está más cerca. -Animo, María, vamos aquí no más. -Usted, Emiliano, váyase de aquí también.

(La Mujer de Pancho abruga a María con otra frazada que había traído la Criada)

MUJER DE PANCHO.- Vamos, pronto, doctor. -Véngase, comadre, venga. -¡Ese Pancho! ¡Tenía que salir esta noche! ¡Virgen santísima!

(Salen todos menos Emiliano. La luz acaba de irse ~~por completo~~ del todo, quedando la estancia en completa oscuridad, salvo el resplandor rojo.

lejano, del incendio, que entra por la ventana de la izquierda, y la Virgen de Murillo, que toma sitio prominente por las dos velas que la alumbran. Se oye crujir el incendio, arrastrarse entre las hojas secas del cañaveral. Emiliano enciende la lámpara de petróleo y sale con ella por el pasillo. Después de un rato se ve la sombra de un hombre entrar por la puerta principal, sigilosamente. Ve venir por el pasillo el reflejo de la lámpara, descuelga la escopeta y se esconde. Emiliano entra con alguna ropa que había ido a buscar)

SOMBRA.- ¡Pancho! ¡Perro infeliz! ¿Eres tú?

EMILIANO.- (Se vuelve y le alumbra la cara. Es mister Williams) ¿Mister Williams? ¿Qué hace usted aquí?

MR. WILLIAMS.- Ah, Emiliano, eres tú. (Baja la escopeta) ¿Dónde está Pancho?

EMILIANO.- ¿Pero qué hace usted aquí? Le dije que huyera. Para eso le tiré la llave. Vaya usted a avisarle a los yanquis que los ~~soldados~~ soldados se han ido, que no hay nadie en el pueblo.

MR. WILLIAMS.- Antes voy a saldar una cuenta. ¿Dónde está tu padre?

EMILIANO.- Le digo que se vaya. Si lo encuentran aquí lo van a ~~matar~~ matar. ¿Por qué cree que Pablo le prendió fuego a su casa? Váyase, que todavía es tiempo. Vámonos los dos, yo también quiero irme. (Mete su ropa en una camisa extendida y la amarra)

MR. WILLIAMS.- Primero quiero ~~ver~~ encontrarme don Pancho.

EMILIANO.- (Inspiración) ¿O es que vino a conocer a su hija? Porque ya nació, ¿sabe usted?

MR. WILLIAMS.- ¡Qué hija ni qué diablos! Ahora va a saber ese perro lo que es ladrarle al amo.

EMILIANO.- ¡Se trata de su hija! ¡Y de María!

MR. WILLIAMS.- No me vengas ahora con esos cuentos chinos. Ya te pagué lo que costaba ese culo negro de tu hermana.

EMILIANO.- ¡Desgraciado! (Se le tira encima, pero el yanqui lo detiene metiéndole la punta de la escopeta en la barriga)

MR. WILLIAMS.- ¿También tú, rata asquerosa? ¡Vas x a ver...! (Lo empuja con la escopeta) ¿Dónde está Pancho?

EMILIANO.- Es su hija, mister Williams. Tiene usted que criarla; tiene que llevársela de aquí...

MR. WILLIAMS.- ¿Me viste cara de pendejo, ¿verdad? -Ahora que está encinta hago que el yanqui se la coja para que cargue con el hijo. -Pero te equivocas. No soy pendejo.

EMILIANO.- Sí, es de usted. Usted es el único que la ha tocado. Tiene que haberse dado cuenta de eso.

MR. WILLIAMS.- Ustedes los indios tienen muchas mañas para hacer parecer virgo una putísima india. No, amigo, no. El yanqui no es tan pendejo como se creyeron.

EMILIANO.- No. No. Que no. Es de usted. Es de usted. Es hasta blanca. Y rubia. Reconózcala. Llévesela de aquí.

MR. WILLIAMS.- Ya déjate de fregarme. ¿Dónde está Pancho?

EMILIANO.- No sé. Se fue a encaminar al capitán, creo. Pero la niña, mister Williams, es de usted. Es su vivo retrato.

MR. WILLIAMS.- ¿Y a qué horas va a regresar?

EMILIANO.- No sé. Se fue a encaminar al capitán. Porque se fueron ya, los soldados. Vaya a decírselo a los jefes yanquis. Están acampados en la montaña, aquí no más. Vaya y dígales que el pueblo está casi sin defensa. Han dejado unos quince soldados solamente. Vaya, dígaselo y regrese usted con ellos. Entonces se hará cargo de la niña, ¿verdad? Váyase. Haga lo que le digo.

MR. WILLIAMS.- Antes voy a saldar una cuenta con tu padre. Robarse mis tierras. Las más. Que me he ganado yo. Malagradecido. Todos ustedes son unos malagradecidos. ¿Cuándo iba a tener una escuela si no se las pago yo? Así me agradecen.

EMILIANO.- Váyase de aquí, le digo. Pronto. Si lo agarran lo matarán.

MR. WILLIAMS.- Eso quisieras tú.

EMILIANO.- ¡No! ¡Animal! ¿No ve que yo lo salvé del incendio? ¿No que que Pablo quería achicharrarlo y que ~~yo~~ yo lo salvé? Váyase de aquí. Vámonos los dos. Yo me iré con usted.

MR. WILLIAMS.- No. Espero a Pancho. A lo mejor quiere que yo también le bese las manos. ¡Pobre inocente! Cree que se va a salir con las suyas

ayudándoles a esos indios piojosos. Pero, ¿qué se han creído ustedes?, ¿que mi país iba a dejarse robar por cuatro indios piojosos?

EMILIANO.- No me diga eso a mí. Yo nunca he estado de acuerdo con esta estúpida guerra.

MR. WILLIAMS.- Venimos a traerles cultura, a enseñarles a leer, y así nos lo pagan. Malagradecidos. Mira a tu padre. De machetero muerto de hambre me lo encontré yo. Yo lo hice mayoral, le di esta casa. Todo lo que tienen ustedes me lo deben a mí.

EMILIANO.- Sí, ya sé, pero vágase. Si lo encuentra aquí mi padre lo matará.

MR. WILLIAMS.- Eso vamos a verlo.

EMILIANO.- Y sobre todo ahora, cuando sepa que es usted el padre de la niña.

MR. WILLIAMS.- Yo no soy padre de ninguna hijueputa.

EMILIANO.- ¡No vuelva ~~me~~ a decir eso, porque...!

MR. WILLIAMS.- (Amenazándolo de nuevo con la escopeta) Porque si no, ¿qué? Porque si no, ¿qué? ¡Responde, rata asquerosa, o te lleno de plomo la barriga! ¡Responde! Si no, ¿qué?

(Ha entrado Pablo por la puerta principal e inmediatamente se hace cargo de la situación de su hermano. Va lentamente a la pared, sin hacer ruido, y descuelga un machete. Luego, siempre sigilosamente, va a la mesa donde ha quedado la ~~lámpara~~ lámpara y la apaga. Emiliano lo ve en el momento en que la está apagando)

EMILIANO.- ¡Cuidado, mister Williams! ¡Ahí, detrás de usted!

(El yanqui da media vuelta rápidamente y dispara. Pablo ya había apagado la lámpara. Silencio pesado. Sólo el crujir del incendio que ahora de pronto se ha ~~acentuado~~ acentuado)

EMILIANO.- (Rompiendo el silencio) ¡No lo mates, Pablo! ¡Es el padre de la niña!

(Relampaguea de pronto en el aire un machete y casi inmediatamente se oye el trueno: otro tiro. Silencio de nuevo. Vuelve a acentuarse el

crujir del incendio)

EMILIANO.- (Voz baja, temerosa) ¿Mister Williams? (Pausa. Ansioso, histérico, voz alta) ¡¿Mister Williams?!

(Pablo enciende la lámpara. Se ve en suelo las piernas del cuerpo del yanqui, oculto el resto por la mesa)

EMILIANO.- ¡Bestia! ¡Animal! (Va a comprobar si está muerto) Está muerto. Lo mataste tú. Lo mataste. Y este no es el camino. Está bien, también yo me me equivoqué con lo de María, pero este error es más grande. La poesía, Pablo, el talento, el arte. La poesía, ésa es la salvación, el único camino.

PABLO.- ¡Poesía! Vete a comer mierda. Me di cuenta de cómo le avisaste para que me matara. Y tú fuiste el que lo sacó de la casa. Le tiraste la llave por la ventana. ¿Crees que no me lo imagino? ¿Dónde está mamá?

EMILIANO.- ¡Es que yo soy uno de ellos, Pablo...!

PABLO.- ¿Dónde se ha ido la gente?

EMILIANO.- A casa del doctor.

PABLO.- ¡Poesía! -¡Cochiño! ¡Eso es lo que tú eres! ¡Traidor!

EMILIANO.- Sí, sí. Y mucho peor. Muchísimo peor. Pero es que sentimentalmente, Pablo... (Quiere llorar), sentimentalmente estoy perdido, enamorado. Mi corazón me odia. Pero yo sé, lo veo, de lejos si quieres, pero lo veo: Al arte, Pablo, el talento, la poesía. Ese es el único camino, el único, para conquistar esta tierra que quieren. ¿No te daba risa ver a papá juzgando a los yanquis? ¿No te parecía repugnante que el yanqui ese le besara las manos? ¿No te da lástima ver a papá interviniendo en una cultura que no le ~~pertenece, donde se ríen de él~~ pertenece, donde se ríen de él, de su grotesca manera de caminar, de su pobre manera de ser? Y en vano, todo en vano. Porque Nicaragua no será nunca de ustedes. No se les entregará nunca en cuerpo y alma a gente tan grotesca, de manos tan rudas. No la tendrán nunca. Porque si ~~se~~ se les llega a entregar en cuerpo, a punta de machete, le perderán el alma, que es por donde debieron empezar a conquistarla. Y entonces será peor, se harán ustedes ricos, cultos, como yo, y será peor. (Quiere llorar de nuevo) ¡Porque esto es horrible, Pablo! ¡Horrible! ¡Soy tan desdichado! (Llora) ¿Pero

es que no puedes ver mi dolor, Pablo, mi problema? Es más grande que esta casa, tan grande como el mundo. No, no lo puedes ver, están ciegos, como topos, todos ustedes. Hasta que el llanto no les abra los ojos, hasta que toda nuestra raza no sea más que un lamento largo, cansado, hasta que no soportemos que se nos mire a la cara, de pura vergüenza, y lloremos, de vergüenza y rabia, hasta que no aprendamos a llorar, hasta entonces no habremos comenzado a tener ~~remedio~~ remedio. Lloro, Pablo, llora como yo, como estoy llorando yo. Mírame bien, a la cara, está hirviendo de vergüenza. Mírame. Compréndeme, carajo. No es nada de lo que he dicho, está más abajo. Cierra los ojos, mírame. En este momento ya no hay nada que comprender. Lloro, infeliz. (Por el incendio) Parece como si se hubiera desprendido este día del tiempo y estuviéramos cayendo, llegando ya a los infiernos. ¡Ustedes, ustedes son los nuevos bárbaros! ¡Han incendiado el mundo! ¡Lo van a acabar! ¡Lo van a destruir! (Vuelta) -¡Oh, yo me quiero morir! Yo... yo me quiero ir de aquí. (Inicia el mutis todo desorientado)

PABLO.- (Con lástima) ¿A dónde vas tú?

EMILIANO.- No sé... no sé. Pero no quiero estar con ustedes. ¡Me dan asco! Y mamá me botó de casa, y si mi papá me encuentra aquí, me matará.

PABLO.- Ven para acá, tonto. No te pasará nada. Yo hablaré con él.

EMILIANO.- ¿Le explicarás todo? ¿Lo convencerás?

PABLO.- Sí.

EMILIANO.- ¿Entonces tú has comprendido, Pablo? ¿Tú has comprendido?

PABLO.- Sí.

EMILIANO.- ¿Cómo es que no lloras conmigo, entonces? ¿Cómo es que no sufres? (Pablo no contesta) ¿Sufres? ¿Verdad que somos desdichados, Pablo?

PABLO.- Sí.

EMILIANO.- Pero él no lo comprenderá, no lo podrá comprender. Yo me voy de aquí. No sé. (Inicia el mutis por la puerta principal pero se regresa en seguida) ¡Ahí viene papá! ¡Ahí viene papá!

PABLO.- ¡Anda! ¡Sal por la puerta de la cocina!

(Mutis rápido de Emiliano por la puerta de la

cocina. Entra Pancho)

PANCHO.- Llama a tu madre, Pablo.

PABLO.- Mamá no está aquí, papá.

PANCHO.- ¿Cómo que no está aquí?

PABLO.- Se fueron a casa del doctor, por el incendio.

PANCHO.- Gente más burra. Mayor peligro corren allá.

PABLO.- ¿Por qué, papá? ¿Qué pasa?

PANCHO.- (Se asoma a la puerta y grita) ¡Oye, tú! ¡Ven acá! -No pasa nada todavía, pero me da rabia que tu madre haga las cosas sin consultármelo.

(Llega un Soldado ~~de~~ por la izquierda)

SOLDADO.- A sus órdenes, mi teniente.

PANCHO.- Vete a la casa del doctor... ¿Sabes dónde vive, verdad?

SOLDADO.- Sí, señor.

PANCHO.- Es aquélla de allá, mira.

SOLDADO.- Sí. Ya la conozco. Esta mañana me mandó el capitán a buscarlo.

PANCHO.- Bueno, anda y dile a mi familia que se venga para acá inmediatamente.

SOLDADO.- Sí, mi te...

PANCHO.- Y ordena que arreglen pronto la conexión eléctrica.

SOLDADO.- No se puede, teniente; se han quemado los...

PANCHO.- Bueno, vete en seguida a avisarle a mi familia. Y avisa a esa gente que apaguen pronto el fuego y que estén preparados en sus puestos.

SOLDADO.- Sí, mi teniente. (Va hacia la izquierda)

PANCHO.- No. Vete primero a llamar a mi familia, burro. Y apúrate.

SOLDADO.- Sí, mi teniente. (Se va por la derecha)

PABLO.- ¿Es que nos van a atacar los yanquis, papá?

PANCHO.- No. No creo. ¿Qué hace esto aquí? (La ropa de Emiliano) Pero hemos visto su campamento de lejos y están bien revueltos. Quizás estén preparando la retirada. Ya deben haber llegado los dos prisioneros esos y tienen que haber caído en la trampa. Quizás hagan aquí un pequeño simulacro, creyendo que está aquí la gente del capitán, para atacar a San Fernando. El chascó que se van a llevar. ¿Quién es ése? (El cadáver) ¿Qué ha pasado aquí?

PABLO.- Mister Williams.

PANCHO.- ¿Muerto?

PABLO.- Sí, señor.

PANCHO.- ¿En el incendio?

PABLO.- No. Aquí.

PANCHO.- ¿Quién lo mató? ¿Cómo se ha escapado?

PABLO.- Yo, papá. Yo lo maté.

PANCHO.- ¿Y cómo se escapó?

PABLO.- No sé. Pero ha de haber sido Emiliano el que le tiró las llaves Desde la ventana de afuera.

PANCHO.- ¿Emiliano? ¿Estás loco?

PABLO.- Han sucedido muchas cosas en este par de horas que usted no estaba. María ha dado a luz.

PANCHO.- (Disimulando el interés) ¿Sí?

PABLO.- Una mujercita. Parece que es muy bonita. Y ya se sabe ~~quién es~~ quién es el padre. (Pancho lo vuelve a ver. Pablo hace algún gesto hacia el cadáver)

PANCHO.- ¿Mister Williams? ¿El patrón?

PABLO.- Sí, señor. Y... hay más todavía. Parece que lo hizo con la ayuda de Emiliano.

PANCHO.- ¿De qué estás hablando, burro?

PABLO.- ~~Me~~ Yo no sé exactamente, pero parece que una noche durante sus vacaciones pasadas, Emiliano le abrió la puerta.

PANCHO.- ¿De qué diablos estás hablando tú? (Le pega)

PABLO.- ¡El mismo lo dijo, papá! ¡Y a mamá!

PANCHO.- ¿Que Emiliano le abrió...? -¿Dónde está Emiliano? +¿Dónde está Emiliano?! (No recibe respuesta. Inicia el mutis para ir a buscarlo)

PABLO.- Se ha ido. ^{mi}Mamá lo marchó de casa.

(Pancho se detiene. No dice nada. Se sienta y queda pensativo)

PABLO.- Emiliano habla mucho, papá. Yo no sé qué le pasó en la capital, pero habla mucho de cosas raras. Dice que el verdadero frente de batalla no es éste, sino que la poesía. Dice que nosotros no podemos hablar. Como cuando usted y yo regresamos de noche del monte. (Se miran. En efecto)

PANCHO.- Emiliano no nos quiere, hijo. Nunca nos ha querido. Se le subió la capital a la cabeza y en el fondo nos desprecia a todos.

PABLO.- Sí, papá, pero él dice cosas tan raras. Es cierto, nos desprecia. A mamá, a mí, a Margarita, a usted. La insultaba, a Margarita, a todos nosotros, a usted también. Dice que se veía usted grotesco juzgando a los prisioneros, porque estamos interviniendo en una cultura que no nos pertenece. Que Nicaragua nunca será nuestra.

PANCHO.- ¿Que me veía grotesco cuando juzgaba a los prisioneros?

PABLO.- Sí, señor. Y cuando el yanqui le besó las manos. Yo le dije que lo había comprendido para que no se sintiera tan solo. Ahora me parece que de veras lo comprendo. ¿Verdad, papá? (Pancho no contesta, pero es evidente que también él comprende) También me dijo que un día, al amanecer, se vió las manos. Y eran negras, feas... (Pancho se mira las ~~manos~~ suyas)

(Por la puerta principal entran la Mujer de Pancho, la Criada y el Doctor)

MUJER DE PANCHO.- (A la Criada) Anda, busca eso y llévaselo en seguida. -¡Pancho, por fin llegaste! ¿Cómo se te ocurre salir en una noche como ésta?

PANCHO.- Y ustedes, ¿cómo se les ocurre dejar la casa? He dado órdenes que...

(La Criada lanza un grito al ver el cadáver y queda inmóvil frente a él)

MUJER DE PANCHO.- ¡Emiliano! ¡Lo mataste! ¡A tu propio hijo! ¡Asesino! ¡Asesino! (Le pega)

PANCHO.- Cálmate, mujer, que no es Emiliano.

MUJER DE PANCHO.- ¡Asesino! ¡Matar a su propio hijo!

PANCHO.- ¡Cállate! No es Emiliano. Es mister Williams. Se había escapado.

MUJER DE PANCHO.- ¿Mister Williams? ¿Y Emiliano? ¿Dónde está Emiliano?

PABLO.- Se fue de casa, mamá.

PANCHO.- Pablo, saca eso de aquí. (El cadáver. Pablo obedece y lo saca por la puerta principal. A la Criada) -Y tú, no te quedes ahí hecha una tonta. Sigue con tus quehaceres.

DOCTOR.- Busque esas mantas, Enriqueta, y llévelas en seguida.

PANCHO.- ¿Cómo sigue María?

DOCTOR.- Bien. Todo ha salido muy bien, gracias a Dios.

PANCHO.- Y la... la...

DOCTOR.- La niña también está bien. Las dos están muy bien, no se preocupe.

PANCHO.- ¿Las han dejado solas en su casa?

DOCTOR.- No, está la Viuda y Margarita allá. Y yo me voy en seguida.

(Se ven pasar cuatro Soldados por la ventana llevando algo en una manta. Uno de ellos se adelanta)

SOLDADO.- Mi teniente. Se ha apagado ya el fuego.

PANCHO.- Muy bien. Váyanse a ocupar sus puestos.

SOLDADO.- Hemos encontrado un muerto en los escombros. Pero no parece que sea el yanqui.

(Pablo se asoma por la ventana y luego sale de prisa a cerciorarse)

SOLDADO.- Sí. Parece que es su hijo. Uno de los universitarios lo conocía y lo ha podido reconocer.

(La Mujer de Pancho se precipita hacia afuera. La detiene Pablo que regresaba ya)

PABLO.- ¡No lo veas, mamá! ¡No salgas!

MUJER DE PANCHO.- ¡Emiliano! ¡No! ¡Mentira! ¡Déjame ver! (El Doctor ayuda a Pablo)

SOLDADO.- Por aquí, muchachos. -¿Dónde quiere que se lo dejemos, teniente?

MUJER DE PANCHO.- Aquí, aquí... (El cuarto de María)

PANCHO.- No. Aquí no lo entren. Déjenlo ahí afuera, junto al otro.

(Extrañeza) ¡Vamos, obedezcan! (Obedecen)

MUJER DE PANCHO.- ¡Pancho, por favor!

PANCHO.- No.

MUJER DE PANCHO.- Déjenme verlo entonces. (Pancho la agarra)

PABLO

PABLO.- No la deje, padre.

PANCHO.- No.

MUJER DE PANCHO.- ¡Déjame verlo!

PANCHO.- Mujer, voy a soltarte. Pero si sales saldré yo también, le escupiré en la cara y se la ~~aplasta~~ aplastaré con las botas. (La coge de la cara con una mano y la obliga a que lo mire a los ojos, para que comprenda que lo hará. Pausa. La suelta. La Mujer de Pancho permanece indecisa un instante, pero luego baja la cabeza y sale llorando por el pasillo) -¿Quién es el universitario? El que lo conocía.

UNIVERSITARIO.- Yo, señor.

PANCHO.- ¿Eras amigo de él?

UNIVERSITARIO.- Sí, señor. Estábamos en el mismo curso. Era el mejor de toda la ~~en~~ clase.

DOCTOR.- Algún día te hablaré de tu hijo, Pancho. Tomaba las cosas muy en serio. Y sufría. Porque si él hizo lo que hizo...

PANCHO.- No quiero que se vuelva a hablar de él en esta casa. Lo que él hizo no tiene perdón.

DOCTOR.- Tendrás que hacerlo tarde o temprano. Si hizo lo que hizo, él sabía que estaba equivocado. Pero es que un hombre puede pensar una cosa y sentir otra.

PABLO.- Sí. El decía eso. Decía que el único camino era la poesía, pero que él, sentimentalmente, sentía de otro modo. Que ya estaba perdido, decía. Y hablaba de una aurora...

UNIVERSITARIO.- Aurora es una muchacha, española. Era su novia.

DOCTOR.- A ver, siga, siga.

UNIVERSITARIO.- No, digo que Aurora es una muchacha de la que él ~~estaba~~ estaba enamorado. Pero pelearon, parece, y ella se casó con otro. Con un extranjero también.

DOCTOR.- Y esa muchacha, ¿por qué no lo quiso aceptar? ¿Porque era indio?

UNIVERSITARIO.- No sé.

PABLO.- Ese otro, era alemán, ¿verdad?

UNIVERSITARIO.- Sí, creo que sí.

DOCTOR.- Pancho, ¿no te das cuenta de lo que le ha pasado a tu hijo?

PABLO.- (Mirando el amanecer por la ventana) Y ella, era rubia, ¿verdad?

UNIVERSITARIO.- Sí.

DOCTOR.- ¿No te das cuenta, Pancho? Ahora sé por qué decía todo lo que decía. Sencillamente que el mundo nos desprecia, porque somos ridículos, porque nos miden con sus propias reglas. Y hay que cambiar estas reglas, a fuerza de talento, no de machetes, a fuerza de... poesía. Sí, eso era lo que decía. Y yo estoy de acuerdo. El creía que todo esto era grotesco, que tú, Pancho, que tú eras grotesco. Y que no lograremos nada con estas revolucionesitas. Y yo estoy de acuerdo. El ha sufrido todo esto en carne viva. Y ya lo había dicho, porque era muy cabal. Dijo que si algún día los bárbaros ~~intetaban~~ intentaban destruir ese mundo, él quería perecer con él, porque él, sentimentalmente, pertenecía ya a ese mundo, estaba enamorado. Y esta chica Aurora... Puedes fusilarme si quieres, pero yo estoy de acuerdo. ¡Yo me atrevo a ver la verdad, Pancho!

(Entra rápidamente otro Soldado)

SOLDADO.- ¡Mi teniente! ¡Los yanquis! ¡Se acercan ya!

PANCHO.- ¿Han visto si son muchos?

SOLDADO.- No, mi teniente. Parece que sólo va a ser un simulacro. Mi capitán tenía razón.

CABO.- ¡Cayeron en el engaño, mi teniente! Vienen a entretener al capitán aquí para atacar el campamento de San Fernando. Bonita sorpresa se van a llevar allá. -¡Vamos, todos, a sus puestos!

PANCHO.- Un momento. Aquí el jefe soy yo. Nos vamos a rendir.

CABO.- ¿Sin disparar un tiro?

PANCHO.- ¡Sí, sin disparar un tiro!

CABO.- Mi teniente, ya oyó a Pérez. Será sólo un simulacro, y este pueblo es importante. No podemos dejar que nos quiten así tan fácilmente lo que hemos conquistado.

PANCHO.- No hemos conquistado nada todavía, imbécil. ¡Izen bandera blanca, he dicho! Nos rendimos. ¡Carajo, ¿pero es que no han comprendido?! ¿Es que no se han dado cuenta de lo que ha pasado aquí? ¿O es que es tan amargo que no lo quieren reconocer?

PABLO.- Papá, pero si nos rendimos nos matarán a todos. Usted sabe eso.

PANCHO.- No, hijo, no. Ustedes váyanse al monte. Explícales a estos, si puedes... -Izen una bandera blanca y salgan corriendo. ¡Es una orden!

-Vete, Pablo. Vete con ellos. (Pablo mira la escopeta) Sí, llévatela.

-Ahora váyanse ya. Váyanse pronto. (Salen los Soldados)

PABLO.- ¿usted, ¿se queda, papá?

PANCHO.- Sí, hijo, sí.

PABLO.- Pero lo matarán.

PANCHO.- Puede ser. Pero no creo. Volveré a ser el indio humilde, la bestia domesticada de siempre. Pero... no te olvides de nosotros. Ahora vete.

PABLO.- Dígale a mamá...

PANCHO.- Se lo diré.

PABLO.- Pasaré a decirle a adiós a María y Margarita.

PANCHO.- Sí. (Se miran. Lloran) ¡No nos olvides, hijo! (Se abrazan) Vete, vete ya, pronto. (Sale Pablo)

DOCTOR.- ¡Pancho, está usted llorando!

PANCHO.- (Le quita la cara, mira por la ventana, de espaldas al público) De veras que es bonito este amanecer, ¿ehm doctor? Esta aurora. Mire, allá, aquel campo de trigo, parece pelo rubio. Estamos en un aprieto, doctor.

DOCTOR.- (De espaldas también) ¡Adiós! ¡Adios! (Agita la mano) -Tenga usted fe, Pancho. Tenga usted fe.

TELON.